


# LA RED DE LA ARAÑA

CURTIS GARLAND

Aquel cuerpo desangrado, perforado por agudas aristas de hierro con óxido, los ojos desorbitados, ante el horror sin límites de la muerte, reconocible eradas a que no llegó a estrellarse en el asfalto hasta el aplastamiento total, pero contraído grotescamente por la caída vertiginosa desde tantas yardas de altura, inexplicablemente entero y como consciente hasta su final dantesco, en un baño de sangre y horror…

Y eso había sucedido un domingo. Un domingo oscuro, nublado, sombrío, amenazando lluvia, bochornoso y con olores sulfúricos sobre la gran urbe…



Curtis Garland

# La red de la araña

## Bolsilibros: Selección Terror - 105

**ePub r1.0**

**xico_weno** 08.09.15

Título original: *La red de la araña*
Curtis Garland, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Viuda Negra: arácnido de color negro. No mayor de una pulgada de longitud. Venenoso en alto grado; muchas veces, mortífero. Solamente la hembra muerde. Acostumbra, como todas las arañas, a tejer su tela en los rincones oscuros, y se alimenta, igualmente, de insectos.

Zoología del sudoeste de Estados Unidos.

# Capítulo primero

### LUTO POR HARRIS

El funeral estaba terminando ya.

Había sido digno de la persona por quien se celebraba. Tal y como él lo hubiera querido, de serle posible estar allí en una presencia más física que la de su espíritu y su recuerdo, Pero como no era así, había que suponer que se sentiría satisfecho, allí donde ahora estuviese. Y aunque sobre ese hipotético destino existían sus dudas entre muchos de los asistentes al fúnebre oficio, al menos su viuda parecía pensar que el propio paraíso celestial había acogido con placidez a su difunto esposo.

Quizá la rubia jovencita de curvas rotundas que disimulaba su presencia entre la multitud asistente al funeral, discretamente cubierta con un sombrero y un velo gris, hubiese estado en desacuerdo con tal principio, y hubiera replicado a la enlutada viuda:

—¡Mentira, señora Harris! Mi amante… quiero decir, su esposo Steve… debe haber ido derecho al infierno. ¡Era un bastardo!

Pero ésta hubiera sido una opinión bastante interesada y, por ello, poco imparcial. A fin de cuentas, la exuberante Peggy Wallace no tenía el menor motivo para imaginarse a Steve F. Harris en el cielo, después de lo que le había hecho a ella.

Algunos financieros e industriales, arruinados por las especulaciones poco escrupulosas de Steve K Harris, tampoco hubiesen asegurado que el cortejo celestial permitiese entrar en sus regiones al espíritu del difunto. Pero otros, en cambio, que medraron a costa suya, hubieran sido capaces de poner la mano en el fuego sobre ese punto…, aunque sólo de palabra, naturalmente, y sin llegar a arriesgar sobre una auténtica llama extremidad alguna.

Fuese como fuese, Harris ya no estaba entre ellos. Dondequiera

que estuviese, era pura especulación imposible de confirmar. Y, escuchando la fácil palabra del reverendo Attenborugh, uno hubiera podido afirmar que no cabía otra cosa para el difunto que los más grandes dones del ciclo.

Marjorie Harris, sin embargo, parecía singular y extrañamente lejana de todo aquello. Incluso del propio funeral. Y, desde luego, de la gente que la rodeaba, con servil solicitud.

El hombre situado más cerca de ella era precisamente Wilburn Cole, el socio y mejor amigo de Steve F. Harris. Él parecía prestarle un apoyo moral a la viuda. O, cuando menos, lo pretendía con su presencia inmediata. Además, era el hombre capaz, en apariencia, de prestar esa clase de apoyo.

Alto, atlético, de facciones cuadrangulares, duras y como cinceladas en piedra, ojos metálicos, pequeños y penetrantes, boca que formaba en realidad una simple línea recta, dura y prieta, bajo la nariz halconada, Wilburn Cole hubiera podido pasar en aquellos momentos por el hermano mayor de Marjorie. O por su amante, si Marjorie hubiera tenido mala fama en ese sentido.

Cosa que, pese a su belleza poco común y a sus atractivos físicos, exultantes incluso en la envoltura sobria y triste del luto, distaba mucho de ser cierta. Para todos, Marjorie habla sido siempre una fiel esposa. «Demasiado fiel», hubieran dicho los que miraban de soslayo, maliciosamente, a las curvas opulentas de la rubia Wallace.

Cuando las palabras del reverendo Attenborugh tocaron a su fin, y empezó a disgregarse la densa multitud reunida bajo el techo de la capilla, Marjorie Harris se puso en pie.

Era notable su estatura. Para ser mujer, y sobre todo para resultar tan armoniosa y sugestiva su figura, Marjorie sobrepasaba lo normal en cualquier mujer, por unas cuantas pulgadas. Quizá por ello, el tacón de sus zapatos no era demasiado elevado. Pero aun siéndolo, no hubiera sufrido merma su atractivo. Mi tampoco su feminidad. Lo cierto es que parecía una modelo de alta costura.

Y eso, justamente, es lo que Marjorie había sido de soltera, antes de que el poderoso y posesivo Steve F. Harris se fijara en ella, convirtiéndola en su esposa. Aquel cuerpo conservaba su línea, su elegancia, la arrogante esbeltez, no exenta de atractivos ostensibles, de quien antes exhibiera en los mejores clubs de la moda femenina los últimos modelos de los grandes modistos de la Quinta Avenida.

Quizá recordando esos tiempos, con la sobriedad fría de quien vive al margen de cuantos le rodean y escudriñan, la viuda caminó hacia la salida, sobre la alfombra tendida a la puerta, haciendo sólo leves inclinaciones de cabeza a fas muestras de condolencia de amistades y de personas a quienes no recordaba haber visto en toda su vida.

Afuera, esperaba el negro automóvil, un «Cadillac» especial, de matrícula también especial, como requerían las personas notables. El chófer uniformado esperaba al volante. Marjorie se acomodó atrás, en el asiento confortable, tapizado de azul oscuro.

En la portezuela, indeciso, asomó Wilburn Cole. Se ofreció:

—¿Molesto, Marjorie? ¿Podría… acompañarte a casa?

—Si, por favor —suspiró ella—. Hazlo, Wilburn. Pero sólo hasta casa. Prefiero estar sola. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo —se sentó junto a ella y cerró la portezuela—. Tus deseos son órdenes para mí. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me temo que no… De cualquier modo, gracias, Wilburn. Eres un buen amigo.

—Lo era de Steve. Debo seguirlo siendo siempre, ocurra lo que ocurra.

—Sé que es así. Nunca olvidas nada: ni negocios ni personas.

—Ahora no hablo de negocios. No tiene sentido, Marjorie. Pero no descuido los intereses de Steve, que ahora son los tuyos. Sabes que están en buenas manos.

—Nunca lo dudé. Hablaremos de todo eso más adelante. Ahora creo que no sería una persona digna de suceder a Steve al trente de sus negocios…

—Cielos, ni hables de ello —la miró, mientras desfilaban a los lados rostros y figuras, árboles y edificios, en el regreso a casa. La capilla quedaba ya atrás. Muy atrás. Como parecía quedar todo, por momentos. Incluso Steve y lo que él significó en la vida de ambos —. No te molestaré, si es que no me necesitas. Tienes mi teléfono. Llámame cuando quieras. Yo no te llamaré a ti, Marjorie. Necesitas descanso, olvido…

—Olvido… No siempre se puede olvidar —ella bajó la cabeza. Sus manos enguantadas parecieron crisparse de repente sobre sus rodillas, ceñidas por las medias color humo. De su boca brotó la pregunta, casi por sorpresa—: ¿Viste a Peggy Wallace?

Wilburn Cole pegó un respingo. Era, sin duda, la última pregunta que esperaba oír ahora dentro de aquel negro «Cadillac».

—Peggy Wallace… —repinó con voz sorda—. Esa mujerzuela… Nunca debió presentarse… Es un escándalo…

—No opino igual, Wilburn.

—¿Cómo? —Parpadeó vivamente el que fuera socio de su esposo —. ¿Qué quieres decir, Marjorie?

—Justamente lo que he dicho. Ella quizá quería a Steve. Resulta humano ese sentimiento, a fin de cuentas. Era su amiga, ¿no? Si liemos de reprochar esa situación a alguien, seria a él. Y Steve está muerto. Cuando menos, esa mujer demostró un valor admirable, presentándose de ese mudo en el funeral: sola frente a todos, en realidad. Yo, en su lugar, quizá no me hubiera atrevido a tanto. Pero no podemos culpar a los demás porque sean más valientes que nosotros.

—Es una mujerzuela vulgar, tú la viste. No tiene clase. Y estoy seguro de que tampoco estuvo ahí por amor. El dinero de Steve lo podía todo. O casi todo, Marjorie.

—El dinero… Siempre se habla de lo mismo, Wilburn: el dinero de Steve F. Harris —suspiró ella tristemente—. Cuando menos, esperaba que tú no lo hicieras.

—Es la pura verdad. Seguramente en su testamento, mencionará a Peggy Wallace, con alguna excusa. O le habrá dejado alguna cuenta corriente a su nombre.

—Eso no impide que ella pudiera haber estado ausente del funeral. Si le dejó dinero a su nombre, nadie se lo puede quitar ya. Si la nombra en el testamento, esa mujer sabe los problemas legales que tendrá para cobrarlo, aunque personalmente soy partidario de no discutir un legado que la mencione adía de algún modo.

—Habrá sido una satisfacción para ella estar presente, y humillarte en cierto modo.

—No me humilló por eso —sonrió Marjorie gravemente—. Si fuese de esas personas que se indignan ante un hecho así, mi situación resultaría peor. Pero no es ése el caso. Ya te dije que comprendo y disculpo a esa mujer. No tengo nada contra ella.

—Marjorie, eres maravillosa… —ponderó Wilburn, pensativo, mirándola—. Ninguna mujer, en tu caso, reaccionaría de ese modo.

—No me Importa lo que hiciera cualquier otra mujer, sino lo

que piense y haga yo.

—Debiste amar mucho a Steve, para ser tan generosa…

—Te equivocas —le miró con repentina frialdad. Su voz sonó sorprendente—: No le amaba en absoluto. Es más, Wilburn: creo que había empezado a odiarle…

* * *

—Odiarle…

—Sí, eso es lo que dije. ¿Te sorprende?

—No sé ya si hay algo capaz de sorprenderme —sacudió la cabeza Wilburn, mirando al exterior, a las arboledas y setos de la gran mansión de los Harris, en las afueras de la ciudad. El automóvil subía con facilidad por el sendero amplio, en rampa hacia la edificación central, que asomaba ya difusamente entre los árboles—. Sé que Steve no era persona fácil de comprender y de amar. Duro en los negocios, implacable con sus adversarios, dedicado solamente a sus finanzas, falto de escrúpulos según muchos… y nada afectuoso contigo, para ser sinceros. Dejemos ya a esa chica, Peggy Wallace, y la posible humillación de sus relaciones con ella. Había cosas peores en él. Ambos lo sabemos, aunque pudiéramos serle fieles en todo momento, Marjorie. Cada uno a nuestro modo, claro. Steve nunca se ganó las simpatías de nadie. Sólo la admiración, el servilismo… o el odio y el rencor. Pero precisamente tú… Me has logrado sorprender, la verdad.

—Y, sin embargo, soy quien más llegó a aborrecerle, Wilburn —habló ella con serenidad impresionante. Sus ojos secos se mantenían duros y fríos—. Me siento aturdida con su muerte, no finjo ni represento el papel de viuda desconsolada, y tú lo sabes. Lo que sucede, es que no me hago a la idea de ser la viuda Harris, la mujer más rica de este Estado, o poco menos. Ni tampoco me puedo hacer a la otra idea. La más desagradable e inquietante, Wilburn.

Cole la miró fijamente, con expresión sorprendida e inquieta.

—¿A qué te refieres, Marjorie? —Quiso saber. Y su voz temblaba ligeramente.

—Creo que lo sabes tan bien cuino yo —susurró ella—. Ambos lo sabemos perfectamente… y estamos tan asustados como desorientados. Ambos estamos seguros de que la policía, por tratarse de una personalidad como la de Steve F. Harris, ha

investigado muy superficialmente los hechos. Que ha descuidado cosas que, en otro caso, no dejaría sin ahondar. En suma, Wilburn: estás tan convencido como yo misma lo estoy de que Steve murió… ASESINADO.

* * *

Asesinado…

Wilburn Cole parecía pensar en ello, mientras el «Cadillac» negro penetraba en los garajes anexos al edificio central, llevando dentro a la enlutada viuda de Steve F. Harris. Como ella misma admitía, una de las más acaudaladas mujeres del país.

Y eso, siendo todavía joven, atractiva, capaz de vivir la vida intensamente.

Asesinado.

Los ojos de Cole, el socio de Harris, aparecían opacos y como inquietos, desde que escuchara la palabra en labios de la viuda, pronunciada casi crudamente. Porque lo cierto es que, hasta entonces, por encima de sospechas o posibles suspicacias, todo el mundo había callado semejante idea. Era como un pacto de silencio común a todos. Tácito e instintivo, sin mutuo acuerdo previo. Era… algo que no se quería ni siquiera sugerir.

De repente, Marjorie había roto ese mutismo. Había dado forma a una vaga y sombría sospecha alojada en la mente de muchas personas afines al magnate.

Asesinato…

Era una idea horrible. Sobre todo, en ciertas esferas sociales y económicas. Era como ensuciar un nombre y revolcarlo en el lodo. Era el paso definitivo hacia el escándalo. Y la posible influencia en la Bolsa de semejante posibilidad. Descenso de valores, negocios vacilantes, acaso la quiebra de grandes estructuras financieras e industriales, amparadas bajo el mágico nombre de Harris…

Wilburn Cole caminaba hacia la salida de la finca por su propio pie. Afuera encontraría algún vehículo que le condujera de regreso a la ciudad. Había autobuses y taxis en abundancia por aquella zona. No le importaba andar un poco. Lo necesitaba. Ofrecía el aspecto de un hombre cansado, pero no físicamente. Quizá el olor a hierba, a arbustos, a verdor, le hiciera algún bien.

—Asesinato… —murmuró entre dientes—. Pero ¿qué clase de

asesinato, realmente?

Era una pregunta perfectamente justificada. Lo hubiera sido en labios de cualquier persona. Porque lo cierto es que si Steve F. Harris había sido asesinado…, ¿qué o quién le impulsó a subirse a la parte más alta del orgulloso Forrester-Harris Building, el gran edificio de Manhattan, el centro neurálgico de sus negocios y de sus empresas, para luego desde arriba, dejarse caer a un abismo de sesenta pisos, quedando finalmente ensartado por los agudos hierros de la verja que circundaba la plaza-parque del recinto?

Aquel cuerpo desangrado, perforado por agudas aristas de hierro con óxido, los ojos desorbitados, ante el horror sin límites de la muerte, reconocible eradas a que no llegó a estrellarse en el asfalto hasta el aplastamiento total, pero contraído grotescamente por la caída vertiginosa desde tantas yardas de altura, inexplicablemente entero y como consciente hasta su final dantesco, en un baño de sangre y horror…

Y eso había sucedido un domingo. Un domingo oscuro, nublado, sombrío, amenazando lluvia, bochornoso y con olores sulfúricos sobre la gran urbe… Un domingo en que el edificio, salvo los conserjes y encargados de su vigilancia, aparecía completamente vacío y silencioso.

¿Qué había ido a hacer Steve F. Harris allí en semejante día festivo, cerca ya del anochecer? ¿Qué le impulsó a caer o arrojarse al vacío, desde la altura, y qué evitó que por el camino, desde tan enorme nivel, su cuerpo no sufriera deformaciones, no mostrara síntomas de asfixia o de aplastamiento interno… y sí únicamente el efecto de la propia muerte entre los hierros punzantes, como tremendas lanzas verticales apuntando a un cielo de dónde les llovió aquel cuerpo indefenso?

Había cosas que no tenían mucho sentido en todo aquello. El forense apuntó la posibilidad de que al ir rebotando en algunos salientes, toldos o astas del edificio, la tremenda presión del descenso quedara amortiguada, así como sus mortales efectos en el organismo, y el difunto llegara abajo virtualmente consciente, aunque no muy capaz de sentir ya el dolor del terrible impacto final. Eso fue todo, y nadie se molestó en negar o discutir esa opinión técnica. Las cosas se dejaron como estaban. Steve F. Harris no era de los hombres propicios al suicidio. El asesinato parecía

imposible, y totalmente desplazado de la situación, dada la perfecta vigilancia del edificio, donde nadie, salvo los empleados de seguridad del mismo, todos ellos reclutados de la policía y seleccionados minuciosamente en cuerpos de toda confianza, había podido entrar aquel día, salvo la propia víctima.

Así, el veredicto final de la breve encuesta, fue simple y rotundo: «Muerte por accidente».

Eso fue todo.

Y ahora, de pronto, la propia viuda, Marjorie Harris, aventuraba la terrible palabra que nadie quería escuchar:

Asesinato.

Cuando Wilburn Cole se alejó en taxi, dejando, atrás Harris Manor, en su gesto meditabundo, en la crispación de su boca contraída, parecía ir reflejado todavía el temor y la preocupación que las palabras de la viuda produjeron en él.

Miró atrás un momento, por la ventanilla posterior. En la loma, destacaban los altos, muros rojos, de ladrillos, de Harris Manor. Y sus árboles, muy verdes y verticales, sombríos y rígidos como cipreses. Entre ellos, la cúpula del edificio central era sólo una forma gris. Inconcreta. Lo mismo podía ser una suntuosa vivienda… que el panteón propio de un magnate como fuera Steve F. Harris.

Un panteón…

La idea estremeció a Wilburn Cole. Un panteón en medio de cipreses. Un cementerio fastuoso y lúgubre.

Y en él, encerrada, una hermosa mujer rodeada de servicio, de personal doméstico, de comodidades. Pero también de frío, de soledad humana. Sola. Indefensa ante el silencio y el aislamiento de su vida actual.

Una mujer inmensamente rica. Inmensamente sola. Inmensamente falta de calor humano, de compañía entrañable.

La casa desapareció tras un recodo de la carretera. Cole cerró los ojos, con un suspiro, y se retrepó en el asiento del automóvil.

Sin saber por qué, le produjo alivio no ver la mansión de los Harris. Pero continuaba inquieto, como desasosegado…

# CAPÍTULO II

## PELIGRO

La noche se extendió entre la arboleda.

Núcleos de sombra se formaron en los senderos de grava, en los macizos de césped y en los recodos umbríos y apacibles del gran jardín solitario. Aromas a flores, a hierba y a espesura, se hicieron más profundos por doquier. Algunas luces, muy pocas y aisladas, brillaron en los senderos del parque, como ahogadas por la frondosidad de los altos setos bien recortados y de las arboledas verticales de espesa copa.

El edificio, en medio del claro, se salpicó de luces en su porche y terraza, y en sus ventanales amplios, abiertos a la noche. Los grillos canturrearon estridentemente en la campiña. Los perros de vigilancia de la propiedad, ladraron impacientes, al ser soltados por el servicio.

Arriba, las luces de las estancias de Marjorie Harris, la viuda, se tamizaban bajo el matiz dorado de espesos cortinajes que velaban las vidrieras. Altas verjas de hierro rodeaban como un cinturón de seguridad las terrazas ricas en macetones de flores y plantas a las que aquellas vidrieras asomaban.

En unas dos o tres ocasiones, la figura bien recortada de Marjorie, cruzó de un lado a otro, tras las cortinas. La última vez, un observador minucioso, de haberle sido posible estar al acecho en el parque de la casa, hubiera advertido que el cuerpo de la joven viuda mostraba menos ropas que en las anteriores. Una bata translúcida envolvía el perfil sinuoso y bien modelado de un cuerpo de mujer alto, esbelto y con formas suaves y sugestivas en toda su femenina anatomía.

En realidad, existía ese observador. Existían ojos procaces, agudos, ávidos de deseos inconfesables que los hacían fulgurar

vivamente, siguiendo los movimientos de la dama en el ventanal.

Existía el hombre cauteloso, de intenciones aviesas, vigilando a la viuda en sus pasadas. Sólo que no estaba dentro del recinto de la propiedad, sino fuera.

—¿Ves algo, Doyle? —preguntó la voz tras él, en un murmullo apagado.

—Sí, maldita sea —refunfuñó el llamado Doyle—. Veo demasiado… o demasiado poco. Ella se ha desvestido.

—Cielos, qué magnífica ocasión…

—No seas imbécil. Podrás verla desvestida muchas veces… si tenemos éxito en nuestro empeño. Y espero que lo tengamos.

—¿Vas a decidirte esta noche? —Dudó el otro hombre sumergido en la sombra de la frondosa copa del recio árbol que les servía de atalaya y refugio en la oscuridad.

—Tenemos que hacerlo esta noche, por supuesto.

—¿Por qué tan pronto, Doyle?

—Precisamente por eso: porque nadie esperará que hoy suceda una cosa así. Esa mujer… por todos los diablos, estará fatigada. Muchas emociones en un solo día, el cansancio, los nervios relajados… Sí, es la fecha ideal. Cuando quiera darse cuenta… estará en nuestras manos. No va a resultarle una experiencia muy agradable, pero la fundación tiene suficiente dinero para no molestarse en discutir un rescate. Está también Cole, el socio de su marido. Parece un tipo a quien ella le atrae… Y, desde luego, por elevado que sea el rescate que pidamos, no influirá mucho en la gran fortuna de los Harris.

—¿Y si nos echan la mano encima? El secuestro… significa la pena de muerte, Doyle.

—Vete al diablo de una vez, Roy —se irritó Doyle—. ¿No estamos juntos en este negocio? ¿Quién piensa ahora en eso? Claro que nos arriesgamos. Y mucho. Pero el botín merece la pena. Es mucho dinero. Dos millones de dólares. Roy. Uno para cada uno, siempre que no abandones el barco y me falles. Ellos no avisarán siquiera a la policía. Lo arreglaran en familia. Ya sabes: abogados, socios, administradores de los bienes… En cosa de pocas horas, reunirán la cantidad exigida, la pagarán… y la viuda Harris volverá a su casa.

—Doyle, has dicho que ella… ella te atrae… Que la deseas… —

musitó Roy.

—¿A quién no? —Doyle se humedeció los labios, pensativo. Sus ojos fulguraban, fijos en el ventanal, a través de sus potentes prismáticos. Ella no había vuelto a cruzar, pero brillaban las luces todavía—. La tendré unas horas en mi poder. No podrá defenderse… Ya veremos lo que sucede entonces.

—Eso… eso empeoraría las cosas si salieran mal…

—¿Te vas a callar de una vez? Nada saldrá mal. Para eso conozco bien el terreno que piso. Recuerda que he trabajado para Steve F. Harris y su esposa. Si perdí el empico, es precisamente porque ella misma me despidió. Esta vez va a devolverme golpe por golpe. No me importará que sepa quién soy yo. Cuando esté de vuelta entre su gente y recupere el conocimiento, una vez fuera de la influencia de las drogas que le aplicaremos… tú y yo estaremos muy lejos de aquí. Los pasajes para Rió están a punto. El avión saldrá cuando Marjorie Harris esté en camino hacia su casa, y nosotros nos embolsemos los dos millones. La vida en Brasil es hermosa… sin extradición, y con un millón para gastar en los bolsillos, amigo mío.

Se mantuvo en silencio su compinche. En ese intervalo, algunos ladridos sonaron ásperamente en la distancia.

—¿Y los perros? —indagó Roy.

—No hay problemas —susurró Doyle—. Me conocen. Acostumbraba a acariciarles y darles algo cuando iba a la casa. Se acercarán en silencio. Por si luego actuaran de otro modo, llevaré la carne envenenada. No ladrarán por mucho tiempo, descuida.

—¿Vamos… vamos a entrar los dos? —La voz de Roy era insegura.

—Es necesario. No podría cargar yo solo con ella, y salir de la finca. Tendrás que ayudarme en eso. Tendremos el coche con el motor en marcha, a la puerta de la finca. Lo he calculado todo. A las once en punto, el servicio apaga las luces y se retira a descansar. Sólo queda un criado de servicio de vigilancia. No es de temer. Dejaremos el mensaje solicitando el rescate. Nos llevaremos a Marjorie. Y en poco tiempo, alcanzaremos nuestro refugio, donde habrá que esperar la respuesta en la columna de anuncios de los vespertinos de mañana. Todo lo he medido perfectamente. No habrá fallos, puedes estar seguro, Roy.

Y lo decía con tal convicción, que su compañero, pese a las reservas que sobre el éxito final pudiera tener, asintió con entusiasmo, como si el millón de dólares estuviera ya, en crujientes billetes del tesoro, llenando sus bolsillos.

Allá, en la casa de los Harris, las luces seguían brillando. Pero, como dijera muy atinadamente Doyle, empezaron a extinguirse minutos antes de las once. A las once en punto sólo quedaban iluminadas unas ventanas de la planta baja, y las dependencias de la viuda.

Unos instantes después, la silueta de ella aparecía nuevamente tras los cortinajes, y la luz se apagaba.

—Es el momento —susurró Doyle, en cuyos ojos aún brillaba la luz de excitación que la visión del contorno corporal de Marjorie Harris había producido en él.

El peligro para Marjorie era evidente. El doble peligro de una mente delictiva, vengativa y calculadora… y unos pensamientos sinuosos y lascivos hacia su persona.

Un peligro que iba a llegar aquella noche de las sombras, como un monstruo al acecho…

Y que se materializó en la amplia y suntuosa mansión, cuando los ladridos de los perros cesaron de súbito, y los cuerpos rodaron por la espesura, súbitamente rígidos, con sus fauces crispadas y los ojos vidriosos, sosteniendo aún entre sus colmillos los trozos de carne envenenada que le diera el enguantado y enmascarado visitante…

* * *

—Lo más difícil ya está hecho.

Roy miró a su compañero de merodeo nocturno. Hubiera querido pensar lo mismo que él, pero no le era posible. Aún sentía temor, aprensión. Sacudió la cabeza.

—¿Tú crees? —Dudó.

—Eres un tipo medroso —se lamentó Doyle ásperamente, con una sonrisa fría bajo el nylon de la media que ceñía su cabeza, deformándole extrañamente el rostro, hacerlo irreconocible incluso para una persona que, como Marjorie, le conociera lo suficiente—. Has visto morir a los perros sin apenas darse cuenta de ello. Has comprobado que nadie notó nada raro, y que la ausencia de aullidos

no ha provocado la alarma en la casa. Todo está tranquilo, duermen los servidores, duerme sin duda «la viuda de oro», como la llaman los periódicos, sumida en sus sueños de millones… y tenemos el paso libre a la casa, unas ganzúas adecuadas, el plano exacto de las habitaciones y accesos… ¡y aún crees que no todo lo realmente difícil está hecho! ¿Qué esperas? ¿Tener en nuestro refugio a la dama, para asegurarte de que nada peligroso queda por hacer? ¿O no pensarás así hasta poner el pie en el aeropuerto de Río de Janeiro, llevando en un doble fondo de tu maleta la bonita suma de un millón de dólares? ¿Es así, estúpido?

—Está bien. Doyle, tú mandas. Creeré lo que dices. Pero, como acabas de señalar, nada será definitivo en tanto ella esté ahí dentro, nosotros aquí fuera… y cualquier cosa pueda suceder.

—¿Qué podría suceder, según tú? —Era irónica la voz gangosa de Doyle, deformada por la presión del tejido sintético en sus fosas nasales y su boca.

—No lo sé… Me pregunto si esa mujer será una presa tan fácil como crees…

—¿Marjorie Harris? ¿Por qué no habría de serlo? Es mujer.

—Mide casi cinco pies y nueve pulgadas, según las crónicas de sociedad (*Aproximadamente, un metro setenta y tres centímetros*), parece fuerte físicamente…

—Ha sido modele, estúpido. Además, practica deportes: natación, tenis, surf y todo eso. Como toda la gente de su esfera. Pero es una mujer. Y muy femenina. ¿Acaso tienes miedo de una mujer. Roy?

—No es eso. ¿Qué sabemos nosotros de la muerte de su marido? He oído muchos rumores. La trente chismorrea, ya sabes. Oficialmente, fue un accidente, una caída casual. Otros, dicen que fue asesinado. Y creo que es su mujer la que lo hereda todo o casi todo, ¿no es cierto?

—¿Marjorie Harris… una asesina? —Una ronca carcajada brotó bajo el nylon—. Vamos, vamos. ¿Te has vuelto loco? Es una mujer enérgica y decidida, lo admito. Ella tuvo la culpa de que Harris me despidiera a mí. Pero es todo. Su marido era alto, fornido… y deportista también. No hubiera podido nunca arrojarle por aquella vidriera a la calle.

—Yo no estaría tan seguro. Esa mujer me… me inquieta. La vi

en el entierro. Y en las proximidades de la capilla, poco antes del funeral… No sé. Hay algo en ella que no me gusta. Quisiera saber lo que es… pero el desconocerlo me preocupa más aún.

—Está bien. Tienes miedo de ella. No tiene sentido, pero es así. ¿Crees que ella, por astuta, cruel y peligrosa que fuese… podría con dos hombres en guardia, armaos y, que además, son quienes la atacan a ella? —La manó enguantada de Doyle, acaso por tranquilizar más a su compinche, extrajo a medias de su bolsillo la pistola automática, negra y pavonada, y la navaja cerrada, de disparador automático para extraer la hoja de cero.

—Sí, yo también llevo un arma —palpó su bolsillo Roy, con un suspiro—. Pero estoy asustado. Y te repito qué no sé por qué. Tal vez sea este parque tan enorme, esta oscuridad, esa casa ahí en medio, tan grande, tan sombría, tan hermética…

—Imaginaciones tuyas —rió sardónicamente Doyle, con aire despectivo—. Nada de esto resulta inquietante, amigo mío. ¿Qué sería de ti, entonces, si en vez de un negocio tan lucrativo y limpio, te hubiera propuesto, por ejemplo… profanar una tumba para robar a un difunto?

—Cielos… —tragó saliva su compañero, mirando en torno aprensivamente. Roy estuvo seguro de que su cuerpo se agitaba en un escalofrío—. No hables así. Un cementerio… Eso es lo que parece este lugar. Cipreses, un gigantesco mausoleo…

—Con una mujer llena de vida y de calor dentro —soltó Doyle una malévola carcajada—. No olvides eso: Marjorie no tiene nada de difunta. Su piel ha de ser cálida, suave… Será hermoso acariciarla, envolverla en los brazos, besar sus labios carnosos, sentirla junto a uno…

Respiró hondo, palpitante de deseos. Roy le miró, con expresión taciturna. Sacudió la cabeza.

—Estás loco —masculló.

—Sí. Loco por ella. Por su cuerpo, por su belleza turbadora, vital, arrogante… Sentiré una rara felicidad humillándola… Y tú mismo comprobarás lo llena de vida que está. Olvida esa tontería del mausoleo y el cementerio. Aquí no hay más muertos ahora que esos perros infelices que confiaron en mí… Adelante. Roy. Se acabó la charla. Ya hemos dado tiempo para que se duerman los que se acostaron, y para que se confíe el criado que monta guardia. Cuanto

antes terminemos todo esto, tanto mejor.

—En eso es en lo único que estoy de acuerdo, maldito seas —refunfuñó Roy, malhumorado, echando a andar con sigilo, por entre la arboleda y los altos setos, detrás de su compañero Doyle.

* * *

Parecía como si Doyle hubiera tenido la razón.

Todo cataba resultando sumamente fácil. Incluso sorprender al vigilante que montaba la primera guardia de cuatro horas, como era costumbre en la casa. Doyle le había reducido a la impotencia sigilosamente. Luego, una inyección le redujo más aún, sumido en un profundo sopor del que ni siquiera despertaría en horas. Demasiado tarde para llamar a su relevo a la hora fijada.

—Eso nos dará un margen favorable de unas cinco o seis horas, cuando menos —había dicho en voz baja Doyle—. Y si todo va mal y el relevo viene sin ser llamado, serán tres horas, pesé a todo. Suficiente tiempo para estar a salvo con nuestra cautiva…

Habían llegado a la planta alta de la casa sin problema alguno. Su calzado de coma, de blanda y suave sucia, pisaba silenciosamente las espesas alfombras de la mansión de los Harris. Finalmente, se detuvieron ante una puerta herméticamente cerrada.

—¿Es… ahí? —preguntó Roy en un murmullo.

Doyle asintió con la cabeza. Le temblaban ligeramente las manos al apoyarlas en la hoja de madera. Parecía excitado, con la proximidad de la deseada Marjorie. Roy contempló el largo pasillo en sombras, silencioso y oscuro.

De nuevo se estremeció, sobresaltado, al ver agitarse al fondo una cortina de color blancuzco. Era como una forma fantasmal en las sombras. Doyle se volvió al advertir la expresión de su mirada.

—Imbécil —masculló—. Es sólo una ventana abierta a la parte posterior de la finca. El aire mueve la cortina. ¿Es que vas a terminar por ver hasta fantasmas?

Roy no dijo nada. Se limitó a respirar hondo. Parecía un tipo más capaz de aventurarse en un Banco, a medianoche, para dinamitar la caja fuerte, que decidido a meterse en casas ajenas con la idea de un secuestro. Sin embargo, debía favores a Mark Doyle, y estaba obligado a servirle en lo que pidiera. A fin de cuentas, un millón de incentivo era demasiado para un simple bribón de los

bajos fondos como Roy Porter. Cuando aceptó aquello, lo hizo sin meditarlo ni un instante, deslumbrado por la posibilidad de alcanzar aquella fortuna.

Ahora no estaba tan seguro de haber hecho lo correcto. Aquella casa seguía poniéndole nervioso. En teoría, era la viuda Harris la que corría un peligro latente, inmediato. Sin embargo, Roy Porter parecía intuir otra clase de peligro no menos inquietante, muy próximo a él y a Doyle.

Pero ¿qué clase de peligro podía ser aquél? Doyle se burlaba de su posibilidad. Y a Roy le faltaba imaginación para llevar más lejos sus incertidumbres y sus miedos.

Probó sigilosamente el pomo Mark Doyle. La mano enguantada presionó en ambas direcciones inútilmente.

—Está cerrado —bisbiseó entre dientes—. Con llave.

—¿Y si hay… pestillo interior? —sugirió roncamente Roy.

—No. No lo creo —negó Doyle vivamente—. Mis informes son concretos. Estuve un par de veces en esta casa, cuando trabajaba para los Harris. Vi esa puerta abierta en una ocasión. Sólo tenía cerradura de llave. Sin pestillos ni cerrojos interiores.

—Tal vez haya cambiada de costumbres…

—Sería molesto —se echó atrás, eligiendo de su manojo de ganzúas especiales—. Tendríamos que ir por la terraza. Pero no me parece que ello sea necesario. Entraremos por aquí, seguro. Eres el hombre de los temores y de los problemas. Roy. Si llego a saberlo, elijo a otro tipo para este trabajo…

Hurgó con dos ganzúas bien engrasadas. Tan suave, tan sutilmente, que no produjo ni el más leve roce en la cerradura. En la segunda ocasión hubo un chasquido tenue. Y respiró hondo el intruso bajo su media deformante.

—Ya —masculló—. Tenemos el paso abierto, Roy. Ahora, abordemos la fase decisiva. ¿Llevas a punto la aguja hipodérmica?

—Sí, todo —susurró Roy Porter, extrayendo de sus ropas un estuche de plástico, del que emergió una jeringuilla mediada de un liquido turbio, blancuzco, con la aguja ya aplicada a su extremo. Roy tomó el embolo bajo su pulgar, y los dedos índice y corazón en torno a la aguja, a punto para inyectar. Y en eso sí que era un experto. A veces, incluso inyectó nitroglicerina en algodones, para volar cajas fuertes. Ni un átomo de liquido salía torpemente cuando

él manipulaba la jeringuilla. Doyle había elegido en eso al colaborador ideal.

Los dos hombres se prepararon. Doyle presionó la puerta. Cedió sin ruidos. Los goznes, nuevos y bien cuidados, giraron sin un solo chirrido. Un vago aroma de perfume femenino, hirió su olfato. Al fondo de una sala en penumbras intensas, se veían las formas fantasmales de las cortinas blancas o de color crudo, ame las vidrieras débilmente iluminadas. Más a la derecha, un lecho amplio, fastuoso, estilo
Luis XV
, entre cortinajes, alfombras y dorados.

Una figura humana, semidesnuda, dormía entre las sábanas bordadas, con las iniciales
F-H
, en hilo de oro, bordadas asimismo en cabezales y embozos, en la colcha y en los dorados del lecho.

—Ella… —jadeó Doyle, estremecido, fija su mirada insana en aquellas formas procazmente descubiertas por el abandono inconsciente e inocente del sueño profundo—. Es ella, Roy…

—Claro —susurró el otro, jeringuilla en ristre—. ¿Quién iba a ser si no?

Los ojos de Roy se clavaron en las formas de la mujer, alta y vigorosa, atlética quizá, pero con una feminidad y belleza de formas que anulaba cualquier posible sombra de virilidad en la figura de mujer moderna y deportista. Ciertamente, la viuda era hermosa. De rostro y de cuerpo. Senos prietos y firmes, caderas suaves, piel rosada, largos muslos.

Estaban ya terca de ella. Inclinados sobre el lecho. Ambos contenían lo respiración. Las temblorosas manos de Doyle, enguantadas, se preparaban para aferrar a la hembra, para tapar su boca, ahogando cualquier posible grito de sobresalto, para frenar su probable reacción de resistencia, siempre peligrosa en una mujer tan aficionada al deporte.

Roy Porter, por su lado, preparaba la aguja hipodérmica para clavarla en la piel de la mujer durmiente…

De repente, la cabeza de Doyle tuvo un movimiento brusco, de autoridad. La voz susurró bajo el nylon que oprimía su rostro hasta darle monstruosa apariencia:

—¡Ya!

Era la orden, el momento de actuar. Roy actuó. Doyle también.

Ambos cayeron sobre la mujer. Ella se agitó, de súbito, ante la presencia del peligro. Su instinto actuó con décimas de segundo sobre la propia consciencia. Despertó cuando ambos se precipitaban sobre ella…

Unos ojos dilatados, hermosos y profundos, se clavaron en sus inquietantes visitantes nocturnos. La boca moduló el inicio de un grito antes de que la mano enguantada del agresor taponase sus labios carnosos…

Forcejeó rabiosamente, evitando durante unos instantes que la aguja hipodérmica llegara a su vena para inyectarle la droga adormecedora…

Esa situación, en penumbras, duró apenas un par de segundos. Luego, pese a la fuerza de la mano enguantada de Doyle, éste sintió en ella una mordedura violenta. Mordedura que atravesó su guante y alcanzó la piel dolorosamente. Gritó, sorprendido, retirando la mano de la boca de Marjorie Harris. La sangre corrió sobre el oscuro cuero de su guante en abundancia. La mordedura era muy profunda.

Roy había logrado llegar en ese preciso instante a la epidermis de la bella viuda, con la punta de la aguja de acero. Se dispuso a clavarla, presionando el émbolo con fuerza y decisión.

La mujer agredida jadeó, revolcándose en el lecho, bajo el acoso de los dos hombres.

Y, de repente, la jeringuilla escapó de manos de Roy Porter. Se hizo pedazos en el suelo su vidrio, desparramándose el líquido lechoso. Doyle saltó atrás, con los ojos desorbitados, sin poder creer lo que veía.

—No… —susurró—. No es posible… ¡Oh, no, no! ¡Noooo!

Roy cayó atrás, mortalmente lívido. Sus ojos alucinados presenciaban aquello también, sin que fuera capaz ni siquiera de gritar, como lo hacía Doyle. En vez de eso, sus labios se movían convulsivos.

Luego, cuando Mark Doyle cayó de espaldas sobre la alfombra… y «algo» nubló la visión de Roy Porter, envolviendo al caído… un alarido repentino escapó de boca del rufián. Y con un salto desesperado, se precipitó a la gran vidriera de la terraza, la

destrozó, proyectándose a través de ella, y cayendo al terrazo entre una estruendosa lluvia de fragmentos de vidrio. Sin importarle las numerosas heridas, los cortes, superficiales o profundos por los que su piel sangraba abundantemente. Roy Porter corrió a la baranda, la salvó, poniéndose a horcajadas, y se tiró abajo, al porche, sin preocuparse de la altura.

Por fortuna, se desplomó sobre el césped del claro, que amortiguó el golpe. Arriba, en el dormitorio de Marjorie Harris, unos gritos roncos, inarticulados, inhumanos, escapaban de la boca de Mark Doyle. Cuando Roy se puso en pie en el césped, y corrió, cojeando, hacia la salida de la hacienda, aquellos alaridos brutales, desgarradores, culminaron en un escalofriante chasquido y una especie de ronco, atroz estertor.

Finalmente, reinó el silencio a espaldas de Roy Porter. Un silencio que, poco a poco, se fue quebrando con las voces de alarma de los sirvientes. Luces diversas comenzaron a brillar por doquier. La mansión despertaba en la noche. Pero eso, a Roy Poner, parecía importarle muy poco.

Corría de algo. Huía despavorido, convertido en un fantasma de terror. Sus ojos desorbitados, inyectados en sangre, habían sido testigos del mayor horror imaginable por cualquier ser humano. Sus oídos aún mantenían como impreso en ellos, en una imaginaria cinta magnética, los alaridos de un hombre enfrentado al más increíble de los espantos. A su propia destrucción inaudita.

Roy Porter estaba seguro de haber captado extraños chasquidos, crujidos de huesos humanos triturados, masacrados por un ente de pesadilla, por un monstruo horripilante que nadie podía imaginar.

Miraba atrás, alucinado, temiendo ver tras de sí aquella «cosa», aquella sombra dantesca emergiendo de las oscuridades de la noche, en persecución suya, para que nunca hablara, para que jamás dijera a nadie lo que había visto, lo que había vivido…

Alcanzó la alta cerca de ladrillos, donde aún permanecía la escala de cuerda que Doyle y él instalaran al entrar. Pisó los cadáveres de los perros envenenados, sin sentir siquiera repugnancia por ello. Su capacidad para la náusea había sido sobradamente superada poco antes en el horror de aquella alcoba femenina, a la que su instinto se negaba a entrar, aun sin saber lo que en ella les esperaba.

Cuando estuvo al otro lado, seguía su carrera alucinada, farfullando cosas sin sentido, hasta alcanzar el automóvil con el motor en marcha. Aquel automóvil que ellos aparcaran, a la espera del regreso con la mujer secuestrada.

Subió al vehículo con el rostro convertido en una espantosa máscara lívida, de terror y angustia, por la que corría la sangre de cien cortes con los vidrios, lo mismo que en sus manos.

Arrancó a toda velocidad, como un loco, pugnando por ir lejos de allí, lo más lejos posible en la oscura noche saturada de ruidos extraños, como el rumor del viento entre los altos árboles oscuros… o como el chasquido de huesos humanos en una alcoba, mientras un hombre que no temía a nada ni a nadie, aullaba su agonía, su pavor, su frenética desesperación ante lo que no entendía.

De repente, en un acceso demencial súbito, Roy Porter se puso a reír. A reír sin cesar, a reír una y mil veces, con carcajadas histéricas, escalofriantes, mientras pisaba y pisaba su acelerador implacablemente, en una carrera mortal por la ruta bordeada de árboles…

Hasta que la carrera quedó bruscamente cortada para el bribón. El coche se deslizó, por su extrema velocidad y un desnivel del sendero en la campiña. Se estrelló contra unos árboles saltó despedido, y salió dando tumbos. Su portezuela se abrió, lanzando lejos, como a un pelele, a su único ocupante. Luego, el automóvil tuvo otro choque, cayó a una zanja, empezando a arder, y allí estalló, con el combustible inflamado, mientras el cuerpo ensangrentado de Roy se movía espasmódicamente, con una risa mecánica y enloquecida, al borde mismo de la muerte…

# CAPÍTULO III

## ALUCINACIÓN

El doctor Dean Edwards contempló pensativo el cuerpo que pasaba ante él, camino de los quirófanos de urgencia.

—¿Muy grave? —preguntó.

—Desesperado —asintió la enfermera—. Un accidente de automóvil, al norte de la ciudad. El coche estalló, destrozándose totalmente. Él fue lanzado fuera. Debía ir al menos a ciento veinte millas por hora. Y no era un buen camino…

—¿Se sabe quién es?

—No. No lleva documentos encima. Debió perderlos en el choque. Viste vulgarmente, y parece un tipo fuerte. El doctor Butler va a operarle, pero no cree que haya solución.

—Entiendo. De todos modos, iré por el quirófano, por si necesita ayuda, apenas termine con el paciente de la habitación 304.

—Sí, doctor Edwards. Se lo diré así al doctor Butler.

Se alejó la enfermera por el aséptico corredor blanco. El joven doctor Dean Edwards, entró en el ascensor, dirigiéndose a la tercera planta del hospital. Al salir de la cabina, casi se tropezó con la joven de bata blanca y cabellos oscuros.

—Oh, doctora Brooks —se detuvo, sonriente—. ¿Mucho trabajo hoy?

—Bastante —suspiró ella, mirándole risueña—. No sólo en el laboratorio de la fundación, sino entre mis pacientes. Parece que las enfermedades por gérmenes aumentan últimamente de modo alarmante. Sin duda será producto de nuestra época, como sucede siempre.

—Me hablaron de una epidemia en la costa atlántica.

—Es cierto. Hay esa epidemia. Parece que tiene un origen puramente bacteriológico. Unos agentes contaminadores sin

identificar aún, provocaron la epidemia. Tal vez obtengamos algún resultado examinando a los pacientes y su proceso infeccioso, mientras los análisis se hacen más completos en los laboratorios… Pero dejemos mis problemas biológicos, doctor Dean Edwards. ¿Y tú? ¿Muchas intervenciones quirúrgicas hoy?

—Sólo dos. Ha sido un día afortunado para mí. Pero el doctor Butler tiene ahora un caso de urgencia. Un paciente que no parece tener salvación. Accidente de automóvil. Otro de los grandes males de nuestra época, doctora.

—¿Vas a ayudar a Butler en eso?

—Sí. Pudiendo hacerlo, valdrán más cuatro manos que dos, si es que existe alguna solución para ese desdichado…

—Supongo que ahora vas a ver a tu paciente del trescientos cuatro —sonrió maliciosamente la joven doctora—. ¿No es así, Dean?

—Por supuesto —la contempló, pensativo—. ¿Por qué lo sabes?

—Oh, no es nada difícil. Tercera planta… y esa jovencita clamando día y noche porque la visita su médico.

—Alguna vez tiene que ser —sonrió Dean Edwards—. Yo operé su tumor, ¿no es cieno?

—Cieno. Además, con óptimos resultados. Un tumor en su fase inicial, un diagnóstico precoz… y una muchacha salvada del otro azote de nuestro tiempo. Sí, eso parece suficiente razón para que la jovencita te venere como a un dios. Pero hay algo más que eso, doctor, no seas ingenuo.

—¿Más que eso? —Enarcó las cejas Edwards.

—Vamos, vamos. ¿No te has mirado nunca en un espejo, doctor? —Rió suavemente la doctora antes de alejarse—. Hazlo alguna ver. Encontrarás la respuesta a cuanto clama esa jovencita por tenerte junto a si…

Ceñudo, el joven cirujano siguió con mirada perpleja a su colega, la doctora especializada en biología, Nyree Brooks. Luego, sacudió la cabeza, como si no encontrara una explicación convincente para tanta ironía.

Y se encaminó resueltamente a la habitación 304, donde la rubia muchacha a quien salvara de un tumor maligno recientemente, respiró hondo, con destellos de júbilo en sus azules ojos, apenas le vio aparecer.

—Oh, doctor, es maravilloso… —murmuró, tendiéndole sus manos—. Creí que ya me había olvidado…

—No. no, jovencita —negó el joven médico—. No la he olvidado. Será usted quien muy pronto habrá de olvidarme, puesto que saldrá de este establecimiento totalmente curada, dispuesta a empezar la vida con renovados ánimos… y con un futuro prometedor ante usted.

—¿Olvidarle? ¿A usted? ¡Nunca, doctor Edwards! Eso me sería totalmente imposible… —apretó sus manos con calor, emotivamente, y tiró de él hacia el lecho—. Doctor, le debo tanto: no sólo la salud, sino la vida, la ilusión por vivir… Todo.

—No es tanto. Sólo hice lo que estaba en mi mano hacer. Tuvimos suerte ambos. Eso ha sido todo, amiga mía. En cuanto a su ilusión por la vida… eso la espera fuera de este hospital. En el mundo. En la gente. Habrá un muchacho en alguna parte, y…

—No hay ningún muchacho —negó, enfática, la paciente—. Ninguno, doctor.

—Oh, pues yo he visto a uno por aquí muchas veces. Muy alto, joven y simpático… Recuerdo que no se movió de la sala de espera, cuando usted entró en el quirófano. Y se pasó horas enteras allí…

—Tonterías —rechazó ella, con un mohín de disgusto—. Jerry… Jerry es un buen amigo, y nada más. Ninguna cosa seria. No podría haber nada entre los dos, compréndalo.

—¿Por qué no? Son jóvenes, él la quiere…

—Pero yo a él, no —negó ella, rotunda. Le miraba con una fijeza casi molesta—. Doctor, se lo ruego. No me deje. Siéntese aquí. Tengo que contarle muchas cosas, o me sentiré peor…

—Escuche, jovencita —dijo el médico con tono de reprensión, mirándola seriamente—. No voy a poder por el momento permanecer aquí con usted, porque Tengo trabajo en el quirófano, pero le prometo volver esta tarde, si se porta bien, es buena chica, y no me llama nuevamente, molestando a todas sus enfermeras. Yo vendré, palabra. Pero usted tenga paciencia. Además, no necesita apenas de nosotros, los médicos. Cada vez menos, por fortuna para usted.

—Siempre necesitaré de usted, doctor —se quejó ella, amargamente—. Yo…

«Doctor Prentiss, al quirófano de urgencia dos, por favor —sonó

la voz de los altavoces en el corredor—. Doctor Prentiss, quirófano de urgencia dos… El doctor Butler le reclama…».

—Butler. —Edwards arrugó el ceño—. Lo siento, pero yo también debo ir allá ahora. Ya conoce mi criterio, amiguita: nada de disgustar a sus enfermeras. Vendré luego y charlaremos un rato, palabra.

Salió de la habitación, pese a las quejas de su joven paciente. Al hacerlo, mecánicamente, se quedó mirándose un instante, de pasada, en el espejo del muro. Contemplo su alta figura, con la bata de cirugía, sus cabellos oscuros y rebeldes, sus ojos pardos, su boca firme, su mentón enérgico, su gesto entre pensativo y resuelto.

—No logro entender a la doctora Brooks —murmuró entre dientes, sacudiendo la cabeza.

Y bajó al quirófano de urgencia, para ayudar a los doctores Prentiss y Butler con su paciente accidentado en un automóvil.

* * *

—Gracias, doctor. Pero me temo que no es necesaria su presencia —habló Butler cansadamente, bajándose la mascarilla al encaminarse a los lavabos, con sus guantes ensangrentados.

—¿Ha muerto ya? —indagó Edwards.

—Prácticamente, si. Hemos hecho lo humanamente posible, pero no hay remedio. Los destrozos son horribles. No entiendo siquiera cómo ha sobrevivido estas horas. Además, parece que enloqueció al sufrir el accidente.

—¿Enloqueció? —La sorpresa fue evidente en el rostro de Dean Edwards.

—Sí —suspiró el doctor Butler, lavando sus manos, pensativo—. El doctor Prentiss ha sido testigo, como yo mismo, de lo que decía ese desdichado… Eran cosas sin sentido. Alucinaciones propias de un *delirium tremens*. Pero no llevaba ni una gota de alcohol en el cuerpo…

—¿Está inconsciente?

—Por completo. Se desvaneció durante la operación. No se pudieron utilizar anestésicos. Apenas si le funcionaba el corazón. Ahora está virtualmente en coma. No saldrá de él, se lo aseguro, doctor Edwards… Y seguir interviniéndole es sólo causarle inútilmente más dolores y precipitar su muerte. Los destrozos no

admiten solución. Su estado físico y psíquico, tampoco. Es un muerto en vida, créame.

—¿Puedo verlo?

—Sí. Ahora sigue en el quirófano, por si se puede hacer algo. Es absurdo, ya sabe. Pero no podemos renunciar nunca, mientras haya un soplo de vida en un cuerpo humano. El doctor Prentiss y el ayudante Mac Dermott están con él. Las enfermeras Maxwell y Carter les ayudan. Yo voy a ocuparme de otro caso: un niño víctima de una caída. Espero lograr algo más ahí…

Salía ya de las dependencias de los lavabos, cuando le preguntó Edwards al azar:

—¿Qué clase de alucinaciones sufría ese desdichado? ¿Ha dicho algo coherente?

—Cielos, claro que no. Pero repitió una misma cosa varias veces. Parecía ser la visión más obsesiva que le asaltaba.

—¿Cuál?

—Bah, un delirio de verdadero alcohólico, ya le dije… Repetía… repetía que la mujer-araña había devorado a su amigo… Que la hermosa mujer se convirtió en una araña enorme… y empezó a engullir a su compañero Doyle… Puro disparate, doctor Edwards…

* * *

Estaba muriéndose.

El doctor Edwards consultó el cuadro clínico del hombre tendido en medio del quirófano. Éste le pareció un desolado, frío y aséptico mausoleo para un cadáver inmediato.

—Se termina —comentó el joven cirujano, hundiendo las manos en los bolsillos. Sobre la mascarilla antiséptica, sus ojos pardos, graves y pensativos, contemplaron al moribundo. Su vida se extinguía por momentos—. Clínicamente, está ya muerto…

Los destrozos eran terribles en aquel pobre cuerpo tapado por las sábanas ensangrentadas. El hígado, los pulmones, sufrían daños irremediables. Las costillas eran simples huesos astillados, incrustándose en los tejidos. Los labios despedían más burbujas de sangre que aliento, en cada difícil y entrecortada acción de respirar. Aquella pobre piltrafa humana no era ya casi nada. Quizá tuvo razón el doctor Butler: vivía de puro milagro. Casi inexplicablemente.

El doctor Prentiss asintió, allá al fondo del quirófano, esperando, simplemente, a que el agonizante fuese sólo un cadáver. Era cuestión de minutos, acaso de segundos. Y todos ellos lo sabían…

—Me hubiera gustado oír sus delirios —comentó Edwards tras un silencio. Se frotó el mentón—. Era interesante saber qué clase de alucinantes visiones tenía este desdichado. No habiendo por medio alcoholismo ni lesiones cerebrales, me resultó extraño oír hablar de cosas insólitas, como las que provocaría un delirium tremens.

—Yo lo escuché —suspiró el doctor Prentiss, acercándose con pasos apagados—. La verdad es que también me sorprendió. Además…, ponía un raro énfasis en todo. Era como… como si de verdad le obsesionara lo que decía. Como si hubiera presenciado algo tan inverosímil como todo eso: una mujer hermosa en su lecho, una repentina transformación en… en algo tan inaudito como una enorme araña negra, voraz…, que se comía ante sus propios ojos a un amigo suyo llamado Doyle…

—¿Doyle?

—Doyle, sí. Ese nombre lo repetía muy claramente. Al menos se lo oí diez veces. También insistía en lo de la araña, entre enormes convulsiones. Decía… decía que era un cuerpo de mujer, hermoso y tentador…, y una espantosa cabeza de araña… a tamaño gigante. Cielos, el pobre lo pasaba mal. Muy mal. Su cuerpo, pese a las tremendas lesiones, se agitaba, dificultando nuestra labor, provocando nuevas hemorragias y desgarros…

—Araña… ¡La araña!

Prentiss dio un respingo. Edwards giró rápidamente la cabeza, conteniendo el aliento. Se precipitó hacia el hombre tendido en la mesa de operaciones. Las enfermeras cambiaron una mirada aprensiva.

El moribundo había hablado.

Se agitaba, inconsciente. No abría sus ojos. La sangre espumeaba en su boca. Las convulsiones sacudían aquel cuerpo maltrecho. Y de la boca crispada no sólo escapaba espuma sanguinolenta, sino palabras.

Palabras incoherentes. Sin sentido. Pero obstinadas, reiterativas, insistentes hasta la obsesión:

—La… la araña… ¡No, no puede ser! ¡Tengo que huir! ¡Doyle, hay que escapar de aquí! Esa mujer…, ¡esa maldita mujer!… ¿Es

que no la ves? Su… su rostro…, sus manos… ¡Todo es oscuro de repente!… ¡Velludo!… Dios mío, esos ojos…, esa boca atroz… Esas babas…, los hilos pegajosos… ¡Doyle, ven! ¡Doyle!… Oh, no, no… Tus huesos… crujen. Te está…, te está engullendo ella… Ella, Doyle… La… la araña… ¡Esa mujer cuyas manos y piernas son patas peludas, cuya cabeza es abominable, fea y atroz…! ¡Doyle, lo sabía! ¡Nunca debimos venir aquí! Nunca… Sabía que había algo… algo extraño, aleo inhumano en esta casa, fría y triste como un panteón… Doyle… amigo… La… la araña…

Una convulsión detuvo su tartamudeo histérico. Vomitó sangre en abundancia. Un espasmo acusó su fallo circulatorio, el colapso inevitable.

De repente, se abrieron enormemente sus ojos. Desorbitados, vidriosos, enormes, se clavaron en el hombre que tenía cerca, como llenos de angustia, de patético afán.

Las manos llenas de cortes del moribundo, se alzaron. Un esfuerzo postrero, más allá de lo imaginable, le permitió aferrarse a los brazos, a las manos de Dean Edwards. De su boca escapó, entre sangre, una serie final de sonidos entrecortados:

—Quien… quienquiera que sea…, crea en mí, señor… Crea en lo que vi… Juro que es… es verdad… Mis ojos lo presenciaron… ¡Esa mujer… es una araña monstruosa! ¡Ella, sí, ella!…

Se agitó. Cayó atrás, con la mirada vidriosa, desorbitada, fija en Edwards. Estaba muerto. Su cabeza cavó pesadamente a un lado. El joven cirujano se quitó dificultosamente de encima los dedos crispados del moribundo. Las manos cayeron sobre la mesa de operaciones. Hubo un silencio profundo en el quirófano.

—Dios mío… —murmuró Dean Edwards, con voz ronca.

—¿Le hizo daño, doctor? —indagó su colega Prentiss. Echó la sábana sobre el rostro del fallecido, tras comprobar que era sólo un cadáver—. Tenía una fuerza asombrosa.

—Asombrosa, si. Y no sólo en lo físico, doctor… —Edwards contempló el bulto tapado de la blanca tela salpicada de rojo—. Parecía tan necesitado de hablar, de decir algo, de persuadir a los demás…, que parece como si sólo ésa fuera la razón que le mantuvo con vida contra toda norma clínica.

—Estaba virtualmente muerto…, y llegué a creer que quería agredirle, doctor.

—Yo también lo pensé. Pero no eran sus manos las que me hacían daño, sino sus ojos…

—¿Sus ojos?

—Sí. Ese momento fugaz en que los vi clavarse en mí, llenos de vida, de ansiedad…, me parecieron como dos espejos donde alguna vez pudo reflejarse algo espantoso…

—No habrá creído esa fantástica historia de su visión, ¿verdad? —Sonrió Prentiss.

—¿La mujer convertida en araña? —Sacudió la cabeza Edwards —. Cielos, no. Es demasiado inverosímil, doctor Prentiss. Pero había algo que obsesionaba a ese hombre. Algo relacionado tal vez con… con una araña. Me gustaría saber quién era…

Y salió lentamente del quirófano.

* * *

—¿Quién era? Su nombre era, exactamente, Roy Porter. Su oficio…, robar.

—¿Robar? —Enarcó las cejas Edwards.

—Sí. Era un ladrón fichado por la policía. Estuvo dos veces encarcelado. Vivía entre gente del hampa. Había sido boxeador amateur, sparring de profesionales en un gimnasio, y un sinfín de cosas así. Pero vivía principalmente del delito.

—¿Dónde fue el accidente?

—En una carretera secundaria, al norte de la ciudad. Conducía demasiado de prisa. Y debía hallarse bajo los efectos de una gran excitación. Además, iba herido. Numerosos cristales habían cortado sus manos y rostro, e incluso su cuello…

—Es de suponer que ello sucedió en el accidente de automóvil.

—No. no es así. Los vidrios del automóvil eran de tipo diferente a los que ocasionaron sus numerosos cortes. Eso está ya comprobado.

—¿Qué clase de vidrios?

—De alguna cristalera normal. Los cristales del coche eran irrompibles e inastillables. Los oíros, no. También mostraba una fuerte torcedura en su tobillo derecho, un esguince producido quizá en el accidente, pero también pudo ocasionárselo al saltar por esa vidriera que, sin duda, atravesó en su fuga.

El doctor Edwards asintió, pensativo. Su buena amistad con el

teniente de policía Nolan le permitía conocer ahora aquellos detalles sorprendentes sobre el hombre que muriera en el hospital, tras aquel extraño delirio de su agonía. De eso hacía ya dos días, y el joven cirujano seguía intrigado con el suceso. Eran varias las veces que había creído ver de nuevo en sueños el rostro de aquel hombre, patéticamente manchado de sangre, con los ojos desorbitados y sus manos engarfiadas en las de él, gimiendo con voz alucinante, estremecedora de puro coherente y emotiva:

«Quienquiera que sea…, crea en mí, señor… Crea en lo que vi… Juro que es verdad… Mis ojos lo presenciaron… ¡Esa mujer… es una araña monstruosa! Ella, sí… Ella…».

Cerró los ojos ahora, al recordar con un estremecimiento el extraño suceso. Siempre le habían acusado de imaginativo. Pero esto de ahora era diferente. No podía apartarlo de su recuerdo. Y no era la primera vez, ciertamente, que veía morir a un hombre en un quirófano.

—Aún no me ha dicho porque le intrigaba tanto ese hombre, Edwards —dijo el teniente Nolan, curiosamente, con una sonrisa en su rostro curtido, al tiempo que cerraba su agenda, repleta de anotaciones.

—Bueno, hablaba de cosas inquietantes, extrañas —suspiró el joven médico, encogiéndose de hombros—. Eran auténticas pesadillas de alcohólico, teniente.

—Pero Roy Porter no era un alcohólico —rechazó, sorprendido, él policía, frunciendo el ceño—. Es más: nunca tomaba alcohol. Se le consideraba un abstemio incluso entre la gente del hampa que le era habitual.

—Abstemio… —repitió Edwards, frotándose el mentón—. Extraña circunstancia, para un hombre que hablaba como él lo hizo…

—¿No va a contarme lo que hablaba, doctor? —Sonrió el policía, curioso.

—Por supuesto. —Lo hizo, refiriéndose a cuanto oyeran él y los doctores Butler y Prentiss. Al final, tras su conciso relato, añadió el joven cirujano—: ¿Qué opina usted de ello, teniente?

—Bah —el policía se encogió de hombros, escéptico—. Puede que no fuese la visión de un borracho, pero sí la de un pobre loco o un hombre víctima de alucinaciones. Creo que no tenemos por qué

preocupamos más del hecho, amigo mío.

—Sí, empiezo a opinar como usted, teniente —se encogió de hombros Edwards—. Si acaso, será un buen tema para los estudiantes de psicología y de psiquiatría, pero nada más… De todos modos, gracias por sus informes. Sentía auténtica curiosidad por saber algo más de ese hombre.

—Ahora ya lo sabe —sonrió el teniente Josuah Nolan, del Departamento Central de Policía de Nueva York—. Su labor con él ya terminó. Ahora empieza la mía. Debo averiguar cómo sucedió exactamente el accidente del automóvil, en la ruta hacia Albany, la noche del miércoles al jueves. Simple rutina para cerrar un dossier también rutinario, amigo mío. A pesar de ese relato terrorífico del pobre Roy Porter, mucho me temo que su vida y su persona hayan terminado de modo tan gris como se iniciaron y existieron. Un ladrón vulgar, un delincuente mediocre y sin demasiada suerte ha desaparecido. Eso es todo, a fin de cuentas…

* * *

—De modo que eso es todo, Dean.

—Sí, Nyree —asintió el joven cirujano, con aire reflexivo en su enjuto rostro, mientras jugueteaba con la cucharilla, junio a su taza mediada de café. Contempló a su compañera de almuerzo, en el restaurante rápido del hospital, donde consumían su tiempo libre para comer, antes de represar a las tareas habituales del gran centro sanitario. Sacudió la cabeza, con un asomo de sonrisa—. A veces soy demasiado imaginativo. ¿Sabes lo que llegué a pensar?

—¿Qué, Dean? —La joven doctora Brooks enarcó sus cejas castaño oscuras, sobre sus profundos ojos ambarinos, inteligentes y vivaces. La boca carnosa, de sensual expresión, se frunció en un mohín muy femenino para una doctora especializada en Biología.

—Que ese desdichado había sido testigo de algún horrible suceso insólito, y eso le había provocado el pánico que desembocó en el mortal accidente de automóvil.

—Hollywood se perdió un gran autor cuando elegiste la Medicina. Dean —rió suavemente la joven—. ¿Te imaginas lo que hubieras hecho con una máquina de escribir y unas cuartillas ante ti?

—Menos bromas. Nyree —suspiró el joven—. Era una buena

teoría. Lo malo es que se basaba en un suceso demasiado fantástico: la historia de ese pobre moribundo.

—Yo diría que también él poseía una imaginación febril.

—Por el contrario, amiga mía. Según la policía, era un ladrón mediocre, con escaso relieve, poca o ninguna imaginación… y completamente abstemio.

—Eso no encaja con lo que él dijo en el quirófano, ¿no crees?

—No, no mucho —se vio obligado a admitir Dean Edwards, arrapando el ceno—. Pero así son las cosas. Tal vez la proximidad de la muerte despierte en los hombres instintos o capacidades dormidas.

—Tal vez. Pero eso, científicamente, no es ninguna explicación.

—No pretendo explicarlo científicamente. Sólo humanamente, doctora —dijo, con cierta ironía, Dean—. Creo que lo mejor será olvidar el asunto. Lo he desorbitado yo mismo, llevado por mis propias imaginaciones.

—Eso parece evidente. Pero debo convenir algo contigo, Dean — confesó ella—. Tu imaginación no está del todo injustificada en este caso Ese hombre muerto… me intriga también a mí.

—¿Biológicamente? —Sonrió Edwards, irónico.

—No. Psíquicamente. Pero si hubiera algo de cierto en lo que él creyó ver…, entonces sí que existiría un fenómeno biológico inconcebible para todos nosotros: la posibilidad de que un ser humano se convirtiera en algo tan repulsivo y feroz como una araña…

—Dejemos el asunto. Nyree. No tiene sentido ocuparse de él. No conducen en realidad a ninguna parte. Es mejor hablar del tiempo, de los sucesos que publican los diarios, de cualquier otra trivialidad…

Y el joven médico echó una distraída ojeada a la primera página de los diarios, donde los titulares llamaban ostensiblemente la atención de cualquiera con sus sensacionalistas impactos.

De repente, los ojos de Dean se clavaron en la sexta columna, donde un titular visible, pero menos espectacular que los demás, atrajo en el acto su atención:

«Sigue el misterio en torno al suceso de Harris Manor. Los asaltantes de la mansión de los Harris en West Point, siguen sin ser hallados. La viuda Harris sufre una crisis nerviosa».

Debajo, una fotografía, con una gran vidriera astillada, era visible. Su pie atrajo la mirada de Dean Edwards:

«Así quedó el ventanal del dormitorio de la señora Harris, tras la entrada de los dos merodeadores que pretendieron secuestrarla. Una jeringuilla hipodérmica con una droga somnífera y las huellas de sangre humana en los vidrios por donde escapó uno de los atacantes, como mínimo, es lo único con que cuenta la policía para sus investigaciones».

—¿Qué ocurre, Dean? —Se interesó la joven doctora Brooks—. ¿Aleo ha logrado distraer al fin tu fértil imaginación?

—Me temo que si —asintió él, pensativo—. Nyree, West Point ¿no se encuentra en la carretera hacia Albany?

—Cualquier neoyorquino sabe eso. Dean. Y muchos se sentirían avergonzados de tus dudas… ¿Por qué preguntas esa tontería?

—Oh, por nada… Es sólo una idea curiosa que se me ha ocurrido. Olvídalo, Nyree. Creo que empiezo a delirar también, como aquel pobre paciente nuestro…

—Y hablando de pacientes… ¿Cómo va la preciosa criatura de la habitación 304? —indagó zumbona la joven doctora.

—Oh, ella… —El joven médico se encogió de hombros—. Mañana le dan el alta. Vuelve a su casa, bajo control médico. ¿Por qué te interesa ella?

—Porque soy médico también. Y porque es mujer, es muy joven, muy atractiva… y muy apasionada. Sobre todo, por su joven médico, el doctor Edwards, ¿no lo has advertido?

—Estás muy sarcástica estos días, Nyree.

—Siempre me ha divertido la pasión de algunas pacientes por sus médicos. Me hace recordar a esas colegialas que se enamoran apasionadamente de sus profesores. ¿A ti no, Dean?

—Oh, no sabes lo que dices. Hablaste del espejo… y ahora eso.

—¿Es que no has comprobado ya que eres un guapo mozo? —Rió ella de buen grado.

—No creo que mi belleza pueda matar —soltó él una suave carcajada—. Bien, querida Nyree, ahora debo dejarte. Me esperan mis pacientes, y entre ellos no se cuenta esta tarde la jovencita de la 304, por si te interesa saberlo.

Se puso en pie, saludando irónicamente a su joven colega. Salió

con paso elástico del restaurante del hospital. Pero camino ya de las plantas altas del edificio sanitario, su gesto risueño se ensombreció ligeramente. Acercóse a la enfermera encargada de recepción.

—Enfermera Davis, me gustaría que me agenciase los periódicos de días atrás. Justamente desde el pasado jueves… Sí, por favor. Pida a alguien que los busque donde sea. Un par de ellos por día será suficiente. Si hay alguno especializado en sucesos, tanto mejor.

—¿Sucesos clínicos, doctor? —Quiso saber la enfermera.

—No, no, Sucesos. Ya sabe: hechos delictivos y cosas así — sonrió el joven médico—. No es interés profesional esta vez…

Y tras dejar hecho el encargo, tomó el ascensor hacia los pisos altos.

# CAPÍTULO IV

## COINCIDENCIAS

Recortó el último reportaje.

Luego, calmosamente, situó los recortes sobre la mesa de su living. Encendió un cigarrillo, estudiando el panorama impreso que había situado ante sí.

Titulares, fotografías y comentarios formaban un mosaico de papel muy sugestivo. El doctor Edwards meditó, mientras lo releía, ordenando los recortes como piezas de un *puzzle* incompleto:

«Asalto nocturno a la residencia Harris, cerca de West Point.
»Intento fallido de secuestro de la señora Harris, viuda del millonario muerto recientemente en trágico accidente».
«Dos hombres, como mínimo, entraron en Harris Manor, tras envenenar a los perros».
«¿Conocían los perros a uno de los hombres o a todos ellos? La policía alberga tal sospecha».
«Ninguno de los intrusos aparece. Uno escapó por la vidriera exterior, destrozándola. Se ignora por dónde escapó el otro. Parece confirmarse que hubo dos asaltantes».
«La señora Harris no puede ser interrogada. Sufre un fuerte *shock* nervioso». «Trágico destino de los Harris. La viuda pudo haber sido raptada o asesinada. Una droga narcótica se quedó en su dormitorio, como indicio de ello».
«Los asaltantes eran profesionales. Usaban ganzúas y medios de delincuentes habituales».

Eso era todo. Al menos, parte de un todo. Lo más importante y significativo. Debajo, en un papel en blanco, Dean Edwards tomó unos apuntes:

«Roy Porter: ladrón fichado. Delincuente habitual».
«West Point: cerca de la carretera de Albany».
«Dos hombres. Una mujer. Vidrieras rotas, fugitivo herido por los vidrios».

Respiró hondo. Descolgó el teléfono. Pidió un número a Información, e hizo una llamada. Poco después, se comunicaba con el Departamento Central de Policía. Pidió por el teniente Josuah Nolan.

—¿Si? —Sonó la voz del oficial de policía, poco más tarde—. ¿Quién llama?

—Doctor Edwards, teniente.

—Oh, usted… ¿Ocurre algo especial?

—No lo sé aún. Quería unos datos, si es posible obtenerlos sin quebrantar el secreto profesional, teniente.

—¿Datos? ¿Usted, doctor? ¿Sobre qué?

—¿Recuerda aquel hombre. Roy Porter?

—Oh, ya veo… ¿Otra vez con eso, doctor?

—Otra vez. Lo siento. Sigo pensando en ello. Me habló del lugar del accidente. Fue cerca de Nueva York, ¿no?

—Sí. En la carretera de Albany. Es decir, inmediatamente a ella. En una ruta secundaria.

—¿Cerca de West Point?

—Pues… sí. ¿Cómo lo supo? Justamente a unas millas de ese lugar…

—Es simple cálculo, teniente. He leído los periódicos, eso es todo. La noticia viene muy escueta, en realidad. Hay otros hechos que atraen más el interés del público, también en esa región, por cierto.

—¿A qué se refiere, doctor?

—A la mansión de los Harris… ¿No conoce la noticia?

—Oh, eso… —La voz de Nolan sonó sorprendida—. Yo no me ocupo de ello. Es de otra división. La de Homicidios.

—¿Hubo algún homicidio, teniente?

—No, no exactamente. Pero pudo haberlo, y les corresponde a ellos investigar. El capitán Duggan se ocupa del asunto en forma personal. Si quiere que le diga algo… Pero imagino que eso nada tendrá que ver con Roy Porter…

No lo sé, teniente. Yo no soy policía, ni debo meter las narices

en asuntos que son de su incumbencia, pero… ¿no pudo ser Porter uno de los secuestradores fracasados de Harris Manor?

—Diablo, no sé… No relacioné una cosa con otra, la verdad. Espere. Le pondré con el capitán Duggan. No confíe mucho en él, porque es un tipo obstinado, muy poco flexible. Pero si desea saber algo, quizá él se lo diga…

Hubo una pausa, un «clic» lejano, y una voz tronó por el auricular:

—¿Si? ¿Doctor Edwards?

—Yo mismo, capitán. Es un placer saludarle.

—El teniente Nolan me habló de usted. ¿Por qué le interesa el caso Harris?

—Oh, es un simple interés particular. Hay algo que relacioné con ello, quizá erróneamente, y quería que usted me orientase, capitán.

—¿Qué es ello?

—Un tal Roy Porter, ladrón profesional… ¿Pudo ser uno de los asaltantes de la viuda Harris?

—¿Porter? Hum… Lo dudo. La teoría de profesionales del crimen se ha descartado ya, doctor.

—¿De veras?

—Sí. Existen firmes razones para suponer que un antiguo empleado de los Harris, despedido por Steve F. Harris a causa de los consejos de la propia señora.

Harris en este sentido, pudo ser el secuestrador. Ha desaparecido de sus lugares habituales, de su propio domicilio inclusive…, y estamos tratando de localizarlo ahora. Si fue él la persona que entró esa noche en la casa, está justificado que los perros no ladraran ni le atacaran. Los pobres animales le conocían, e incluso le tenían cariño… Y un hombre así no acostumbra a buscar la colaboración de un hampón profesional. Es un tipo de mediana posición, ingeniero de profesión, y bastante astuto… Se llama Doyle.

—¿Qué? —jadeó el doctor Edwards.

—Mark Doyle, exactamente. Como ve, estamos sobre una pista. ¿Tiene usted algo que informamos, doctor? Gustosamente lo someteríamos a estudio y…

—No, gracias, capitán —rechazó Dean, con cierta sequedad. Había captado claramente el escepticismo y el desinterés en la voz

del oficial de Homicidios—. Después de todo, ya le dije que era simple curiosidad personal, y que quizá estaba equivocado. Ha sido un placer, capitán Duggan…

Colgó. Fumó nerviosamente, en silencio, la mirada perdida en aquellos recortes de periódico. Rápidamente, su mano trazó otros apuntes en la hoja en blanco:

«Mark Doyle trabajó con los Harris. Despedido.

»Doyle era el nombre que mencionó Porter en su delirio.

»Porter murió a pocas millas de West Point.

—Dios mío —murmuró—. Estos detalles encajan. Resulta demasiado fantástico, pero… ¿Por qué? ¿Todo esto es cierto? ¿De dónde venía Roy Porter cuando se mató… y qué hay de cierto y qué de irreal en su obsesión?

La respuesta, evidentemente, no estaba en los recortes de prensa. Ni en sus apuntes. Ni en su mente.

Pero esa respuesta podía estar en los Harris. En la viuda de Steve F. Harris, el magnate muerto el domingo anterior…

* * *

—La viuda Harris… Dean, ¿qué estás pensando hacer?

—No lo sé. Es una simple idea. Mañana es mi día libre en el hospital. Nyree. Me gustaría hacerle una visita.

—¿A la esposa de Steve F. Harris? Pero ¿por qué, Dean?

—Eso resulta muy complejo de explicar. Si te lo dijese, no le encontrarías sentido. Pero sé que tú trabajas en alguna forma para los Harris, ¿no es cierto?

—Puede decirse que trabajo gracias a ellos —rectificó suavemente Nyree Brooks—. Lo cierto es que la Fundación Forrester-Harris me concedió un puesto en su Centro de Investigación Biológica, y gracias a ello puedo trabajar en lo que más me atrae, al margen de la propia Medicina. ¿Qué tiene eso que ver contigo? Tú no eres un biólogo. Y la Fundación no tiene ningún centro sobre cirugía…

—Ya lo sé. No quiero acogerme a su ayuda científica, Nyree, si es eso lo que piensas. Lo que busco es… tener una excusa razonable para visitar a la señora Harris sin despertar sospechas.

—Sospechas… ¿sobre qué?

—Tendré que contártelo todo detalladamente, Nyree. Pero

mucho me temo que no quieras colaborar conmigo en este asunto… cuando sepas la verdad.

—Escucha, Dean. Yo puedo pedir día libre en cualquier momento. Si supiera que tu deseo tiene una justificación razonable y de alguna importancia para ti, pediría al hospital tu mismo día de descanso, y te acompañaría a casa de los Harris.

—Eso sería magnifico… Puede significar la solución al problema. Tú tendrías un motivo plausible para esa visita. Y podrías presentarme como un colega, un amigo… o como tu prometido, pongamos por caso.

—¿Tú mi prometido? —se extrañó Nyree Brooks.

—Bueno, digamos como simple excusa —sonrió él—. Ya sabes que soy muy reacio al matrimonio, como yo se que lo eres tú, amiga mía.

—Vas a tener que ser muy persuasivo para convencerme y que te lleve a Harris Manor, Dean. Esa visita, a fin de cuentas, sigue sin tener sentido alguno para mí.

—Pero no para mí. Escucha… y luego opina, Nyree.

* * *

—¿Que quieres que opine? Sigo pensando igual. No tiene sentido. Ninguno, Dean.

—¿Estás segura de eso?

—Por Dios, ¿qué esperas que te diga? —Se escandalló ella—, ¿que te admita la posibilidad biológica de que un ser humano… se transforme en un enorme insecto? ¿Eso, Dean? ¿Aceptarías tú la posibilidad real de que un cirujano trasplantase a un ser humano el cerebro de un animal, o viceversa, y la vida continuara como si tal cosa? Y aún eso, tendría un principio puramente quirúrgico…

Dean no dijo nada durante unos momentos. El coche rodaba a buena marcha por la carretera de Albany. El mediodía era nuboso y gris, pero no amenazaba lluvia. Tras ellos, el enorme conglomerado de edificios neoyorquinos era como un hacinamiento de cemento y metal, fundido en la neblina de la contaminación ambiental.

Delante, la ruta de asfalto se abría entre campiña y zonas residenciales o industrializadas, indistintamente. La diferencia de criterio entre ambos venía ya del día anterior, cuando él la convenciera para coincidir en el día festivo… y en aquel viaje a

West Point.

—No digo que ocurriera lo que obsesionaba a Poner. Pudo ser una simple deformación de su mente, de sus recuerdos… Quizá una situación normal la transformó en monstruosa su propio cerebro enfermo o dañado por el accidente… Yo no puedo asegurar que semejante monstruosidad es posible, Nyree. Es más: la fría lógica y la razón nos hacen rechazar semejante hecho, si no lo hiciera ya de por sí la Ciencia. Pero quiero estar seguro de algo más.

—¿De qué, Dean?

—De todo eso… De lo sucedido a Roy Porter, de ese fallido secuestro, de la desaparición de Mark Doyle… Es posible que aclaremos algún extraño misterio y evitemos que esa mujer sufra algún daño que no sospecha…

—Creí que era ella tu sospechosa, no la víctima de tu teoría —dijo con sarcasmo la doctora Brooks, haciendo girar su automóvil en la amplia curva que les enfrentaba al punto en el que anunciaban la bifurcación de carreteras donde debían abandonar el camino general, para pasar al secundario donde Porter hallara la muerte al volante de su coche.

—Víctima…, sospechosa. ¿Cómo puedo yo saber lo que es realmente la señora Harris? Para mí es solamente una viuda reciente, que vive una segunda experiencia dramática. Una experiencia de la que no sabemos prácticamente nada… salvo que Porter pudo ser el compañero de Doyle, pese a las brillantes teorías del capitán Duggan, de Homicidios.

—Dean, ¿por qué esa obsesión tuya de convertirle de repente en un policía aficionado? Todo esto es ridículo. Son ellos los que tienen que poner en claro las cosas, no nosotros…

—Nyree, yo asistí a los últimos momentos de aquel desdichado. Admito que era socialmente indeseable, que era un granuja, un ladrón, un hampón de baja estofa. Pero su patetismo, su horror, aquellos ojos desorbitados por el pánico, aquel afán suyo, casi desesperado, por nacerse escuchar, porque le creyeran…, me impresionó, Nyree. Me impresionó terriblemente. Como hombre y cómo medico.

—Y has resucito actuar por tu cuenta, metiendo la nariz donde no lo hace la policía.

—Llámalo como quieras. Pero ardo en deseos de conocer a la

señora Harris. Y de llegar más al fondo de este extraño enigma… Sea ella sospechosa, o sea víctima, como tú dices, de algún tenebroso misterio que logró trastornar la razón a un hombre como Porter…

—Mira —dijo de repente Nyree—. Eso parece tener alguna relación con tus suposiciones, ¿no crees?

Dean miró hacia donde ella señalaba, a través del parabrisas. Se puso rígido.

Aún eran visibles las huellas del trágico accidente. Muy visibles.

Un árbol mostraba claras señales del impacto. Había vidrios pulverizados en la cuneta. Y señales de fuego y de hierbas abrasadas, entre los arbustos de un declive. Al fondo, hierros retorcidos hicieron detener a la joven doctora su propio automóvil.

Ambos miraran al fondo. Cambiaron luego entre sí una mirada pensativa, llena de evidente preocupación.

—Eso era el vehículo de Roy Porter —señalo Dean Edwards gravemente—. Aquí sucedió…

—Y allá, detrás de aquel recodo y aquella loma…, está Harris Manor —habló la joven, señalando a la distancia.

Miró en esa dirección Edwards. Advirtió solamente los remates verticales y afilados de los árboles oscuros, como cipreses. Indagó, lleno de curiosidad malsana:

—Esa arboleda… ¿es la finca de los Harris?

—Sí. Dean. No es un cementerio, aunque lo parezca. Son los árboles que flanquean las sendas del parque privado de la familia Harris… La casa es un verdadero palacio.

—Lo imagino. Digna de una gran familia que nada en oro. ¿No es cierto?

—Por supuesto. Dean, ¿sigues insistiendo en hacer esa visita a la señora Harris?

—Ahora más que nunca. Sigamos, Nyree.

—¿Esperas encontrar realmente una araña? —Rió ella entre dientes, sentándose al volante de su coche deportivo, color naranja vivo.

—En principio, espero encontrar a una mujer. Luego… no lo sé. Es una viuda, ¿no? Eso me trae algo a la mente…

—¿Qué, Dean?

—Otra clase de viuda… La viuda negra, Nyree… Después de

todo…, ¿es una araña o no?

Y aún reía entre dientes, como si hubiera dicho un chiste, cuando la joven puso en marcha el automóvil, camino de la residencia de los Harris, en las cercanías de West Point.

# CAPÍTULO V

## LA VIUDA

—Sí. Yo soy Marjorie Harris. ¿Deseaban verme los dos?

Dean Edwards estudió en silencio a la dama. No hizo comentario alguno. Esperó a que fuese Nyree, su compañera, quien lo hiciera por él, puesto que ella era conocida de los Harris, y ocupaba un cargo en su Fundación como investigadora de Biología.

—Exacto, señora —afirmó con cierta indecisión la joven doctora —. Lamento que hayamos venido a molestarla con nuestra presencia, pero mi… mi prometido, el doctor Edwards, también estaba muy interesado en conocerla…

—¿Interesado? —Los ojos profundos y graves de la viuda les contemplaron de modo pausado, pasando de uno a otro, sin perder el más leve detalle de su gesto. Se detuvo muy especialmente en Dean, a quien finalmente preguntó—: ¿Por qué motivo, mi joven amigo?

Edwards había planeado ya el tema de la entrevista, antes de llegar a Harris Manor. No podía cometer errores en ese sentido, o la viuda entraría en sospechas y procedería a despedirlos de su vivienda sin más rodeos.

—Señora Harris, estoy trabajando actualmente como cirujano, pero mi especialidad es, en verdad, la cirugía sobre trasplantes orgánicos y estudio de la disección humana —mintió, con absoluto cinismo—. Un trabajo muy delicado y difícil, que exige una serie de recursos difícilmente al alcance de los establecimientos clínicos normales.

—Y… ¿qué podría hacer yo por usted, doctor? —Sonrió tristemente aquella mujer hermosa, alta, elegantísima y muy pálida, que les recibía cortésmente en el amplio y suntuoso gabinete donde acababa de ser servido el café por una silenciosa y madura doncella

de cabellos canosos y rostro hermético.

Ciertamente, Edwards había sentido una pequeña decepción al verse ante Marjorie Harris. No era la mujer que había imaginado. Irradiaba cordialidad, serena arrogancia, y su rara belleza no tenía nada de inquietante ni misteriosa. Era una mujer joven, vital, atractiva, aunque los trances vividos últimamente quizá la habían conducido a un claro estado de depresión.

En su presencia, sus teorías delirantes y las palabras fantásticas del moribundo Porter parecían tan sin sentido como un relato imaginario sobre personajes de fábula. Todo alrededor, pese al aire triste y sombrío de la mansión, mostraba un lado confortable, acogedor, sobrio y pulcro. Un clima burgués, en suma, muy alejado de cualquier posible idea lúgubre o siniestra.

Y, sin embargo…

Sin embargo. Dean Edwards, con una frialdad y cinismo que parecían molestar vivamente a su joven compañera de visita, por mucho que ella lo disimulara, continuó con su farsa, para no descubrir sus cartas ante la dama de ropas oscuras y sereno rostro demacrado.

—Su Fundación, señora… Quiero decir la Fundación Forrester-Harris, de su difunto esposo… Tengo entendido que financia trabajos científicos, que posee laboratorios y recursos de todo tipo para la experimentación…

—Eso es cierto, doctor. Y su prometida, la doctora Brooks, será la primera en habérselo explicado. Pero precisamente por ello debería saber que en nuestra Fundación no existen centros para experiencias quirúrgicas, injertos o trasplantes orgánicos, ni tampoco disección quirúrgica.

—Lo sé, señora. Nyree…, la doctora Brooks, me ha hablado sobradamente de ello —suspiró ingenuamente Dean—. Y me ha repetido hasta la saciedad lo inútil de esta petición que he venido a hacerle en nombre propio y en el de otros investigadores como yo.

—¿Qué petición es ésa, doctor Edwards? Le agradeceré que me la formule. Siempre me ha gustado escuchar a los que solicitan algo de la Fundación, como sucedía en vida de mi esposo. Si debo continuar su obra, la continuaré tal y como él la llevaba. Es decir: prestando atención a todos y cada uno de nuestros posibles colaboradores acogidos a la Fundación, aunque no todos, por

desgracia, tengan cabida en ella, dadas sus normas y reglamentos. Hábleme, se lo ruego…

—Señora Harris, ¿por qué no incluir una serie de estudios sobre esa materia, cuando menos temporalmente, a la espera de resultados? Tenga en cuenta, señora, que todavía los cirujanos de mi especialidad nos movemos en el mundo actual casi con tantas dificultades y prejuicios como en tiempos de Frankenstein…

—Frankenstein… —se estremeció ella—. Cielos, qué horror… ¿Cómo se le ocurrió semejante comparación? Usted es un joven médico con ambiciones muy dignas y rectas, eso es todo.

—Sin embargo, señora…, no tengo esa oportunidad soñada. Eso es lo realmente terrible de mi caso… y lo que confío en poder resolver alguna vez, gracias a la ayuda desinteresada de personas como usted y su esposo, lamentablemente desaparecido.

—Está bien —suspiró la viuda, con una sonrisa dulce y esperanzadora, para sorpresa de Dean en primer lugar, y de la doctora Brooks también—. Su idea me parece inteligente y digna de ser tenida en cuenta. No a voy a olvidar, no lo dude. Si realmente es factible de llevarse a la práctica…, se lo notificaré en breve. Personalmente…, le prometo mi ayuda y mi interés en el asunto. ¿Le basta con eso, mi joven amigo?

—Señora, es más, muchísimo más de cuanto pude imaginar —se inclinó para besar su mano, tersa, pálida, delicada como la de una aristócrata—. Mil veces gracias por todo. Nunca me arrepentiré de esta visita, créame… Te lo dije, Nyree. Te dije que esta dama quizá fuese mucho más comprensiva y generosa de lo que la gente imaginaba…

La manipulación de Dean Edwards pasó virtualmente desapercibida para la viuda. Incluso la doctora Brooks fue incapaz de advertirlo, pese a estar en guardia y saber de antemano que algo más que aquella inocente conversación debía su compañero desplegar ante la viuda, si quería que su visita tuviera algún auténtico sentido. Cosa que hasta ahora no se había producido.

Y que, cuando se produjo, ni Nyree ni la viuda lo advirtieron, dada la diabólica astucia y celeridad con que la mano zurda de Dean actuó, introduciéndose disimuladamente en su ropa y volviendo a salir de ella, para dejar caer algo a los pies de la dama enlutada.

Algo que, apenas tocó la alfombra, se desplazó con rapidez, a pies de ambos, coincidiendo con el seco grito que lanzó ingenuamente Dean, aún inclinado ante la mano de Marjorie Harris.

—¡Cielos! —Exclamó el joven doctor Edwards—. ¡Qué repulsivo animal!…

Y trató de aplastar con su pie a la figura negra que, con elasticidad increíble, se movía sobre la alfombra, justo al lado de la dama.

Ella lanzó un repentino alarido de horror, al clavar sus ojos en el suelo y ver la forma negra, de numerosas y flexibles patas.

—¡No, por Dios! —jadeó—. ¡No la mate!

La araña siguió su desplazamiento, desapareciendo bajo un mueble inmediato.

* * *

—Era… era una araña, señora… —se lamentó Dean Edwards, como sorprendido, tras haber fracasado en el empeño de pisar al arácnido, alzando los ojos hacia Marjorie—. Una araña bastante grande… Más bien diría yo que una pequeña tarántula.

—Sí, sí, ya lo he advertido —hablaba agitadamente la viuda, bajo la mirada en apariencia ingenua de Dean, cuyos ojos no se desviaban de ella un instante—. Me… me sobresaltó, la verdad.

—Ya lo noté, señora. Surgió a sus mismos pies, estoy seguro… A mí también me alarmó. Usted me pidió que no la matase…

—¿Yo? —Abrió mucho sus ojos, respirando con dificultad. Parecía querer justificarse de algún modo que no resultaba nada fácil. Tras una indecisión, sonrió forzada, apoyándose en un mueble, para murmurar con voz rota—: Bueno, lo cierto es que no me gusta que dañen ni a los más pequeños animales, doctor. Es algo instintivo en mí.

—Una araña de ese tamaño puede ser peligrosa —avisó Dean—. A veces muerden. Y pueden causar serio daño.

—Lo sé, lo sé… Discúlpeme, doctor. No sabía muy bien lo que decía, evidentemente. Pero estas viejas mansiones siempre tienen sorpresas desagradables de este tipo. De todos modos, haré limpiar esto inmediatamente… y me desharé de ese insecto, a ser posible. Aunque no creo que haya riesgo alguno en su presencia.

—Bueno, cuando menos no podía ser una «viuda negra» —dijo

Dean, de buen humor, dirigiendo una mirada de soslayo a la dama —. Ésa sí tiene una mordedura mortal. Las tarántulas sólo pueden producir cierta irritación a quien muerden, si eso se produce…

—No se preocupe por mí, mi joven amigo. —Ella se rehacía con rapidez, pero su rostro continuaba teniendo una palidez marmórea, y Dean estuvo seguro de que sus ojos buscaban como angustiados e inquietos la posible presencia del arácnido en el salón—. No tuvo importancia alguna el incidente.

—Tal vez no. Peto es que no me gustan ciertos animales —confesó Dean Edwards, sacudiendo la cabeza—. Las arañas, por ejemplo. Me repugnan…

Nyree Brooks terció en la conversación, con dificultad, mientras la viuda dirigía a su compañero una ojeada indefinible:

—Creo que has exagerado un incidente sin importancia, Dean —le reprochó—. Personalmente, ningún insecto me asusta, pero esto carece de trascendencia. Creo que será mejor no molestar más a la señora Harris. Parece un poco cansada…

—Mi querida doctora, es la tensión de estos días… —suspiró la dama, asintiendo, como con gratitud por la providencial intervención de Nyree en la charla—. La muerte de mi querido esposo, fuego ese horrible intento de rapto… Todo ha logrado destrozarme, créame. A veces, un nombre y una responsabilidad, en ciertas circunstancias, es la peor de las penitencias, amiga mía…

—Y el dinero, por supuesto, señora Harris —apunto como al azar Dean, moviendo la cabeza.

—Y el dinero, por supuesto —convino ella—. Pero todo eso sería llevadero, si no hubieran mediado sucesos tan tremendamente desagradables como la forma en que falleció mi esposo, y la penosa situación que yo misma viví en esta casa, cuando fui atacada.

—Oh, cierto. —Dean había tomado de nuevo su mano, como para besarla en despedida, y notó su fría humedad. El sudor que brillaba tenuemente en su epidermis era pegajoso y helado—. Señora Harris, ahora recuerdo haber leído algo de eso… Unos hombres la intentaron secuestrar. Por cierto que se escriben tantos absurdos y sensacionalismos. Hay periódico que habla de hombres con instinto homicida… Otros mencionan a un hombre que la deseaba y que había jurado vengarse en usted, matándola o haciéndola suya por la fuerza…

—¿Eso dicen? —Volvía a acentuarse la palidez en el rostro de Marjorie Harris, y Nyree no era capaz de hacer nada en favor de ella, ante la táctica agresiva y malévola de su compañero—. Cielos, qué disparates se dicen… Yo nunca… nunca supe nada así de nadie…

—Oh, perdone, señora Harris —sonrió Dean—. Pero ese periódico citaba incluso un nombre… El de un hombre que ha desaparecido y que, según los periodistas de mal gusto, estaba obsesionado con esa idea… Un tal Doyle, Mark Doyle…, a quien usted hizo despedir por su esposo. ¿Es cierta semejante suposición?

—Por favor, déjenme sola… —rogó ella, muy impresionada—. Se lo ruego, doctora Brooks, doctor Edwards… Otro día hablaremos. Estudiaré su caso, y les recibiré en otra ocasión…

—Si, Dean. Vamos ya —le apremió Nyree Brooks, algo angustiada, tirando del joven casi con exasperación—. Es el momento de dejar de importunar a la señora Harris…

—Cierto. —Suspiro Dean. La miró fijamente, mientras una sirviente silenciosa, otra dama de cabellos canosos, gafas oscuras y largo vestido negro con cofia y delantal impolutos, de tejido blanco almidonado, pasaba al fondo, conduciendo un carrito con servicios, camino de una puerta vecina—: Discúlpeme por todo, señora… He sido muy torpe… No debí asustarla nombrando a esa araña…, ni tampoco al tal Mark Doyle, a quien nadie logra encontrar… Oh, por cierto, ¿sabe usted que un tal Roy Potter, un truhán, un hampón de baja estofa…, al que atendimos en el hospital de graves heridas…, llegó a confesarme, el muy chillado, que un tipo con ese mismo nombre, de Mark Doyle, era compinche suyo…, que juntos intentaron atacar a una mujer de quien no me dijo el nombre…, oh, es curioso, señora…, y que esa mujer resultaba ser UNA GIGANTESCA ARAÑA QUE DEVORABA A SU AMIGO DOYLE? Absurdo, ¿no cree?

Ahora, súbitamente, el panorama había cambiado de modo brusco. Nyree miraba a Dean como asustada de las posibles consecuencias de aquella aventurada afirmación directa y punzante como una estocada mortal, lanzada a bocajarro sobre la viuda Harris.

Ésta, con una lividez de muerte, convulsa, boquiabierta, con una crispación atroz en su gesto, con mirada desorbitada y temblores febriles en sus manos pálidas y sudorosas, contemplaba con horror a

Dean, como si el joven médico fuese un ser de pesadilla, surgido de súbito ante ella para destruirla.

—Váyase… —jadeó—. Váyase, doctor Edwards… ¡Oh, váyase de una vez por todas, maldito sea usted y sus estúpidos comentarios! ¡Doctor, fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Llévese a ese hombre, doctora Brooks, pronto! ¡Lléveselo y no vuelva nunca más con él a mi casa! ¡Fuera! ¡Fuera!…

Gritaba y chillaba, convulsa, en un ataque de repentino histerismo, de angustia y de terror rayanos en el paroxismo. Su cara era como una blanca máscara convulsa, casi deshumanizada.

Sus voces roncas terminaban siendo alaridos. La doncella de edad avanzada corrió hacia ella, solícita. La tomó en sus brazos, tratando de calmarla enérgicamente, experta sin duda en tratarla en sus crisis nerviosas. Miró a Dean y a la doctora, a través de los negros vidrios de sus lentes de montura metálica. También la sirvienta aparecía pálida y como angustiada por su señora.

—Por favor, márchense —pidió—. No saben lo que es cuidarla en estas crisis… Salgan, se lo ruego…

—¿Podemos hacer algo por ella? —musitó Nyree, alarmada—. Somos médicos los dos…

—No, nada —rechazó la sirvienta—. Como tales, comprenderán que su presencia es lo que ahora la excita. Vendrá su médico de cabecera para atenderla. Es mejor así. Váyanse, por favor…

—Sí, vamos —murmuró aturdida Nyree. Tomó a Dean por un brazo, tiró enérgicamente de él—. Vamos, querido, vamos ya…

Dean se inclinó repetidas veces, como acongojado por lo que sucedía. Marjorie Harris, sin perder en ningún momento la consciencia, sollozaba y gritaba en brazos de su sirvienta, y de vez en cuando, Dean Edwards advertía sus terribles ojos clavados en él, como una sombría y muda amenaza capaz de materializarse en cualquier momento desde la mente enloquecida de la viuda Harris.

La impresión le siguió, casi físicamente, hasta más allá de los muros de la casa, mientras el deportivo de Nyree rodaba por el jardín hacia la salida, en medio del tenso silencio de la doctora, evidentemente furiosa con su compañero.

* * *

—Ha sido vergonzoso. Dean…

—¿Vergonzoso. Nyree? ¿Por qué?

—Oh, ¿y lo preguntas, además? —Ella le dirigió una mirada enfurecida mientras rodaban entre arboledas, camino de regreso a la carretera Albany-Nueva York—. Por Dios, no tiene calificativo lo que hiciste… Ese burdo truco de… de la pequeña tarántula… Tú la llevabas encima, ¿no es cierto?

—Era un medio de desencadenar algo —se disculpó con aire inocente Edwards, mostrando en su mano la pequeña caja de cartón que extrajera de su bolsillo—. Viajó aquí conmigo… Era mi arma secreta, podríamos decir…

—¡Arma secreta! Es abominable, Dean… Me has utilizado como un medio para desencadenar tu absurdo sistema de conducir a esa mujer a una crisis tremenda. Ahora sería incapaz de verme ante ella de nuevo sin sentir vergüenza. Te presenté como mi prometido… ¿Qué pensará ella? Sobro todo, después de esa infortunada alusión tuya a… a Porter, a Doyle… y, muy en especial, a esa araña…

—¿Es que no lo entiendes, querida? —Suspiró Edwards apaciblemente, echándose atrás en el asiento—. Tenía que poner en práctica mi experimento. Y ha resultado. Desgraciadamente, ha resultado…

—¿Qué experimento, Dean? ¿Molestar a una mujer enferma? ¿Causarle una crisis de nervios?

—No había motivo para ello. Es una mujer valerosa. Habituada al deporte, fuerte físicamente, con una mente rápida y serena… Es la visión de esa pequeña e inofensiva araña mía lo que desencadenó su repentino bache. Es como si hubiera visto al diablo. O como si amara demasiado a los arácnidos para permitir que, en su presencia, se les hiciera daño…

—Eso no explica nada. Cualquier persona puede reaccionar así incluso ante un mosquito o un gusano. ¿Ya vuelves con tus fantásticas ideas sobre la mujer-araña y los delirios de un pobre ladrón agonizante?

—Presenciaste los hechos. Nyree. Viste cómo reaccionaba ella cuando mencioné a Doyle. Y, sobre todo, cuando cité algo que a ella no debía haberle afectado en absoluto… Es como si hubiera puesto el dedo en la llaga. Como si hubiera nombrado la soga en casa del ahorcado. Nyree.

—En resumen: crees que esa mujer es… ¡es una araña! —declaró

con sarcasmo la doctora Brooks.

—Resulta monstruoso, dicho así Nyree, tú eres biólogo, no yo. ¿Qué posibilidades existen de que algo así fuese… fuese cierto, real?

—Ninguna. Dean —le cortó bruscamente ella, mirándole con estupor—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Yo, no. Si acaso, Porter.

—Y tú por creerle. Por llevar adelante este disparate. Cada vez que pienso en lo que ha sucedido hoy en esa mansión…

—Sí. Nyree. Eso es lo malo. Que, cada vez que yo lo pienso…, me veo obligado a pensar en lo que no puede suceder. En lo que es imposible, humanamente hablando. Esa mujer es hermosa, es elegante, es atractiva, inteligente… Y tiene miedo, Nyree. Miedo a algo. Terror, diría yo. A veces parece que se teme a sí misma. O a algo intangible que la rodea en esa casa… Quizá una maldición, no sé…

—¡Una maldición! En pleno siglo veinte, Dean, y en nuestro prosaico Nueva York actual…, ¿no es una verdadera locura pensar siquiera cosas así? Tú, un médico, un cirujano, un hombre con estudios, con cultura, con una profesión que no te permite creer en supersticiones, en disparates sin sentido… ¿Qué es lo que te ocurre, Dean, por el amor de Dios?

—No lo Nyree. No lo sé. Puede que tú tengas razón. Que esté desquiciando todo esto. Pero es como si algo me arrastrara, me empujara a ello… Nyree, tú sabes lo que la araña hace con sus victimas… Las paraliza, las hipnotiza, atrayéndolas a su tela mortal… Eso mismo siento yo, así me sentí en un momento dado, este mismo día, en Harris Manor… Como hipnotizado, como subyugado bajo un poder siniestro y sinuoso… Me gustaría saber exactamente cuándo…

# CAPÍTULO VI

## LA ARAÑA

—¿Otra vez en el trabajo?

—Así es la vida, doctor Prentiss —sonrió Edwards con buen humor—. Esta noche tengo guardia en el hospital. Un día libre, y luego una noche en vela, atendiendo casos de urgencia. Nuestra existencia profesional es muy dura.

—Demasiado, diría yo —bostezó el doctor Prentiss, cansadamente, y se desperezó, tras mirar el reloj eléctrico del corredor de la quinta planta del edificio sólido, repleto de luces, que era el gran hospital en plena madrugada ciudadana—. Hum, ya son las tres y media, doctor Edwards. Demasiado tarde. He tenido un día muy apretado. El incendio de la Calle Cuarenta nos aportó bastantes heridos, aunque ninguno de ellos grave, afortunadamente… Me iré a casa. Buenas noches.

—Hasta mañana, doctor Prentiss —se despidió Dean, afablemente, hundiendo sus manos en la bata y emprendiendo la marcha corredor adelante, en dirección inversa a la tomada por su colega.

Los pasos resonaron huecamente en los largos corredores de aséptica blancura. Saludó a dos enfermeras con quienes se cruzó. Comenzaba la tediosa vela nocturna, hasta bien entrada la mañana, en que podría descansar un rato.

La doctora estaría descansando ahora en su casa, a la espera del turno de día en el hospital. La recordó, con un asomo de sonrisa que pronto se borró de su rostro. Había sido demasiado duro aquel día con ella. No debió conducir las cosas tan lejos, sobre todo teniendo delante a Nyree, que actuó como vehículo de su visita a la viuda Harris.

Frunció el ceño al pensar en todo ello. Entró en el gabinete de

guardia, donde la enfermera de turno le saludó mecánicamente, mientras anotaba una serie de datos clínicos en un libro, y tomó asiento, todavía con su menee ocupada por los sucesos de aquel día.

Pasando ahora revista mental a todos ellos, debía admitir que fue demasiado lejos en su prueba. Y lo peor era que no tenía evidencia alguna al respecto. Ni la más mínima. Imaginarse a un ser humano transformándose en algo tan horripilante como… como un enorme arácnido voraz era delirar totalmente. Nadie le creería nunca. Ni se creería a sí mismo cuando analizara íntimamente los factores del asunto.

—Tal vez me estoy volviendo loco sin darme cuenta —refunfuñó para si entre dientes—. Pero ella reaccionó extrañamente. Hay algo en esa casa, en esa mujer… Algo que no entiendo… Mi idea…, mi idea fantástica de imaginarme a… a una inmensa araña… devorando a su presa humana es propia de una mala película de ciencia-ficción. O de uno de esos cómics que parecen destinados a paranoicos…

Sacudió la cabeza, sumido en profunda confusión. Luego, resueltamente, tomó un volumen de textos clínicos, y se sumió en su lectura, más que para combatir el tedio de una larga noche de servicio, para ahuyentar de su cerebro semejante cúmulo de ideas sin sentido.

Le sorprendió en esa lectura la llamada telefónica. La enfermera se apresuró a tomar el teléfono. Se volvió con rapidez hacia Edwards.

—Es para usted —indicó—. Departamento de Urgencias.

—Gracias —tomó el aparato—. Aquí Edwards, de Cirugía. ¿Ocurre algo?

—Sí. Es urgente. Vida o muerte, doctor —le informaron—. No hay otro cirujano de servicio. Deje al doctor Jordan de servicio en su lugar. Y acuda sin pérdida de tiempo a la Unidad Móvil 33, en el sur de Manhattan. No hay tiempo para traslados al hospital y cosas así Ha sido una explosión. Los dos pacientes se mueren si no reciben inmediata asistencia Quirúrgica. Le esperamos, doctor. Aquí el doctor Prince.

—Entendido —murmuró Dean. Colgó con rapidez y se puso en pie—. Enfermera Thorley, voy a la Unidad Móvil 33, al sur de Manhattan. Ocúpese de que el doctor Jordan permanezca de

servicio durante mi ausencia. Es un siniestro. No se puede trasladar a los heridos graves.

—Entendido, doctor. Vaya tranquilo —sonrió la enfermera de mediana edad y rostro cansado—. El doctor Jordan está en Traumatología. Había problemas con un paciente operado ayer. Le llamare en seguida para que cubra su guardia.

—Hasta luego —tomó su instrumental y partió velozmente Dean Edwards, a través del hospital, silencioso y extrañamente vacío en la noche, con la fría fantasmagoría de sus largos corredores y sus galerías blancas, saturadas de olor a desinfectante, de luces crudas y verticales, como chorros lechosos flotando en el silencio.

Poco más tarde, el doctor Jordan, un hombre alto como Dean, y casi de su misma edad, subía a la quinta planta, a ocuparse de las posibles urgencias de madrugada, en ausencia del cirujano.

—Puede dormir un poco, enfermera Thorley —recomendó el joven médico de guardia—. Por fortuna, hay poco o ningún trabajo esta noche… Yo me cuidaré de poner en orden las notas sobre el cuadro clínico de los pacientes. Si la preciso, la llamaré inmediatamente, no lo dude.

La enfermera Thorley sonrió, agradecida, y poco después dormitaba apaciblemente en su silla, ante la mesa de trabajo del turno de vigilancia nocturna.

La calma, el silencio casi absoluto, se extendió por todo el hospital, especialmente por la desierta y solitaria planta cinco…

* * *

«Planta cinco. Servicio de urgencia nocturna. Médico de guardia: doctor D. Edwards».

El rótulo blanco, luminoso, era visible sobre la enfermera que se ocupaba de la centralilla en la planta baja. Encabezaba otra serie de rótulos indicando los servicios médicos en otras secciones del hospital.

La enfermera de la centralilla atendió una llamada rutinaria. Luego, desconectó, tomando una publicación gráfica para leer. Tuvo que abandonar su lectura, a causa de otras varias llamadas. Era lo de siempre. Rara vez permanecía inactivo un hospital así.

Hubo un momento en que cesaron las llamadas. La enfermera aprovechó para ponerse en pie, ir al fondo de recepción y buscar

una botella de leche y un vaso de papel encerado.

Fue muy sigilosa la figura humana. Tanto, que nadie apreció su veloz cruce por el vestíbulo. Cierto que nadie había, salvo la distraída enfermera, de espaldas al lugar. Pero aun así, la cautela silenciosa de la persona intrusa fue realmente insólita. En escasos instantes, la sombra humana había cruzado el vestíbulo. Unos ojos velados por unas gafas se habían clavado un instante en el luminoso indicador de los servicios de guardia, y unas pisadas suaves condujeron a la persona furtiva hasta la primera planta, donde se arriesgó a tomar un ascensor hasta la quinta planta.

Los negros zapatos charolados taconearon suave, amortiguadamente, las baldosas del corredor desierto, tras una ojeada cauta a ambos lados de la puerta del ascensor.

Alguien caminó siguiendo una flecha luminosa donde se leía: «Servicio de guardia».

La figura de mujer enlutada se movía con una rara elasticidad. La respiración, entrecortada, era débil y difusa. Una mirada fría y hermética atravesaba las amplias gafas de montura de carey y cristales oscuros, taladrando la noche, las luces lechosas, el fantasmal mundo nocturno del edificio sanitario.

Se detuvo la intrusa. Unas manos enguantadas de negro se crisparon sobre un muro. La mirada recorrió el gabinete de servicio. La enfermera de blanco uniforme dormitaba, apoyada en una mesa.

Más allá, la alta figura del médico, con bata blanca, corta, le daba la espalda. Un gorro blanco, aséptico, cubría sus cabellos. Estaba asomado a la vidriera que dominaba todo el amplio panorama urbano; las miríadas de luces y de colores a los pies del observador, la noche nublada, con reflejos de luz multicolor en las nubes bajas… La ciudad nunca dormía por completo. El hospital, tampoco.

La mujer del corredor tuvo un asomo de extraña, helada sonrisa… Luego, de repente, echó a andar hacia el gabinete iluminado. Su figura proyectó una sombra alargada en el suelo y el muro. Una figura que parecía deformarse, distorsionarse extrañamente…

Los dedos enguantados de la mujer alzaron el interruptor de luz, a la entrada de la oficina de guardia. Con rara fuerza en aquellos dedos, tiró del mismo, arrancándolo. Hubo un chasquido violento,

un chisporroteo azulado…, y la luz se extinguió en la oficina y en una parte del corredor, a causa del cortocircuito.

Solamente un reflejo de luces más distantes, unido al resplandor fantástico de la iluminación exterior a través del ventanal, prestó una claridad espectral y difusa al lugar.

—¿Eh? —Exclamó, sorprendido, el médico, volviendo la cabeza —. ¿Qué ocurre? ¿Qué significa este apagón?

La voz sonó alterada por la sorpresa. Eso impedía reconocer si era el doctor Edwards o el doctor Jordan quien hablaba. La enfermera se había puesto en pie, con sobresalto, al advertir el apagón. Borrosamente, descubrió la sombra de la mujer que entraba en la oficina.

—Eh… ¿Qué es eso? ¿Quién es usted, señora?… No se puede entrar aquí a estas horas… Usted no es una paciente, no pertenece al hospital…

Jordan se aproximó a la enfermera y a la desconocida que vislumbraba en la oscuridad. Un jadeo ronco parecía escapar de labios de la recién llegada, como si sufriera dificultades respiratorias.

—Señora, ¿quién la autorizó a entrar? —preguntó abruptamente —. Enfermera Thorley, vaya a ver lo que sucede con la luz. Yo atenderé a ésta dama…

Resuelto, llegó ante la figura oscura de mujer. Descubrió borrosamente un rostro pálido, confuso en la penumbra, unas manos enguantadas de negro, unas negras ropas sobre una figura alta, atlética…, pero también elegante y femenina.

La enfermera se dispuso a salir. Entonces, inesperadamente, la mujer desconocida movió uno de sus brazos. Chilló la enfermera, asustada. Aquel brazo, con una fuerza terrible, insospechada, la golpeó, arrojándola contra el muro. No pudo hacer nada por evitarlo. Cayó de espaldas, tras pegar su cabeza en la pared, sintiéndose aturdida.

Pero no lo bastante aturdida como para desvanecerse o dejar de ver lo que sucedía ante ella.

El horror increíble, delirante, que tenía lugar ante sus propios ojos desorbitados…

El doctor Jordan, al ver agredida a su enfermera, había tratado de reducir a la mujer desconocida, acaso sospechando que se las

hubiera con una enferma mental peligrosa, evadida de algún pabellón psiquiátrico del hospital, o llegada de la calle por alguna oscura razón que sólo una mente desquiciada pudiera entender.

Fue realmente terrible. Apenas el doctor puso sus manos sobre la enlutada, ésta exhaló un raro sonido ronco, ahogado… Una especie de estertor sibilante…, al tiempo que el cuerpo de mujer parecía agrandarse, hincharse… Los guantes negros se desgarraron. Algo brillante, muy negro, como cerdas o vello rígido, fulguró en la oscuridad, al reflejo de las luces distantes…

Aquellas manos y brazos de mujer… ya no eran nada de eso.

La enfermera Thorley, con un alarido agudo, desgarrador, captó una metamorfosis espeluznante, terrorífica… Captó una especie de sonido gorgoteante que se hizo succión… El doctor Jordan forcejeaba, luchaba en las sombras, contra aquella forma monstruosa y terrible. Era una lucha tan desesperada como inútil.

El gorgoteo se convenía por momentos en una especie de susurro succionante… ¡y el doctor comenzó a desaparecer ante los ojos alucinados de la desdichada enfermera!

A desaparecer hacia el interior de aquel cuerpo negro y monstruoso que flotaba ante él… Parecía haber más brazos que los dos normales en un ser humano… Más de dos piernas también. Era… era un bulto informe, velludo, negro… moviéndose sobre seis o más patas poderosas y flexibles como muelles de acero…

Y la succión, unida a la paulatina, horripilante desaparición del cuerpo de Jordan, con su blanca bata, en las tinieblas que le envolvían como una masa viva, palpitante e increíble…, significaba… significaba… QUE ESTABA SIENDO ENGULLIDO.

¡Devorado!

El horror erizó los cabellos medio canosos de la enfermera Thorley. Su mirada extraviada, fija en aquel espanto materializado en la sombra, asistía impotente al espectáculo terrorífico, a la succión maligna, entre el chapoteo de babas y jugos alucinantes, en una boca de pesadilla, perdida en el negro vello del inmenso arácnido.

Arácnido… Sí, eso era…

Una araña…, pensó en pleno desquiciamiento mental la enfermera Thorley, mientras chillaba, chillaba y chillaba, sin descanso, sin advertirlo ella misma, como un simple reflejo, como

una instintiva descarga de sus terrores actuales…

En la sombra, unos ojos malignos, infrahumanos, parecían fijarse en ella. Los huesos de un hombre, el esqueleto del doctor Jordan, crujía, restallaba en sonidos ásperos, como si se triturase un simple puñado de cortezas… Los primitivos gritos y jadeos del médico ya no eran sino una especie de sordo aullido que se amortiguaba entre el gorgoteo siniestro de su devorador infernal…

La enfermera Thorley vio desaparecer totalmente al médico en la nada. Instintivamente, pulsó el timbre de alarma. Luego, al ver aquel cuerpo horrendo agitándose, empezando a desplazarse hacia ella…, tomó su espantosa y súbita decisión demencial.

Cualquier cosa era mejor, en esos momentos, que la presencia alucinante del monstruo y su simple contacto viscoso. Por eso la infortunada mujer eligió el camino más directo e indoloro para su desastre.

La gran vidriera reventó en un estallido sonoro de cristales pulverizados. Una zambullida mortal precipitó su cuerpo al vacío, como una simple mancha blanca, una mariposa diminuta, flotando en el aire, desplomándose luego vertiginosamente hacia el asfalto, donde el choque brutal aplastó la forma humana. Pero terminó en el acto con los sufrimientos aterradores de la mujer que fuera testigo de tan increíble hecho…

* * *

La forma negra, escalofriante, se movió de forma pausada en la sombra. Alcanzó el hueco del ventanal destrozado. Las patas se movían, dejando tras de sí un viscoso rastro en el suelo y paredes…

Salió al exterior. Se pegó al muro… Penduló luego, sobre el abismo luminoso de la noche, sin que nadie pudiera descubrir ni intuir siquiera la presencia aterradora en el vacío… Hilos pegajosos hicieron colgar la forma demoníaca, hasta caer en el edificio frontero, menos alto y más oscuro, perteneciente a una empresa industrial muy conocida.

Las sombras de las terrazas y patios engulleron rápidamente la presencia de aquel ente aterrador. No se descubrió huella alguna de su presencia, sólo unos segundos después de haberse desencadenado el drama.

El monstruo había desaparecido. Solamente el brillo viscoso de

una materia liquida, gomosa y fétida quedaba como señal de su paso por el hospital, donde la alarma seguía sonando, hasta atraer a todo el personal de servicio a la planta quinta…

* * *

La ambulancia se alejó con el cuerpo dentro de ella, envuelto en mantas. Sobre la acera quedaba la huella sangrante del cuerpo aplastado recientemente. Los policías patrullaban, haciendo circular a los escasos curiosos trasnochadores.

Dean Edwards permaneció quieto, como petrificado, inmóvil, erguido ante aquella silueta marcada por la tiza policial, para posteriores investigaciones. Algo más allá, el capitán Duggan y el teniente Nolan cambiaban impresiones en voz baja.

En la puerta del hospital, numerosos enfermeros, médicos y enfermeras se agrupaban, comentando el suceso. Dean los miró, reflexivo. Se acercó luego a ellos.

—¿Dicen que hay luces apagadas en la quinta planta? —indagó.

—Sí, doctor. Alguien arrancó bruscamente el conmutador de la oficina de urgencia, provocando un chispazo que extinguió la luz de todo un sector…

—Ya. ¿Y… el doctor Jordan?

—No sé. Nadie sabe nada. No aparece por parte alguna… Sólo su pluma está en tierra. Y algo más allá, un cigarrillo encendido. De papel color tabaco y boquilla gris. Son los que él fuma habitualmente, doctor.

Asintió vagamente Dean. Aprensivamente, miró arriba, a lo alto. Contempló la vidriera destrozada, la misma por la que cayera la enfermera Thorley a la calle. Meditó en voz alta:

—De haber estado yo allí…, seria ahora el desaparecido.

—¿Perdón, doctor? —Sonó cerca de él la voz de Nolan—. ¿Decía algo?

—No, teniente —suspiró, volviéndose a su amigo de la policía—. Sólo hablaba conmigo mismo… ¿Qué ha averiguado?

—Virtualmente, nada. La enfermera pudo haberse arrojado o haber sido lanzada abajo por alguien. Ahora veremos el lugar desde donde cayó… ¿Es cierto que el doctor Jordan, a quien usted dejó de guardia, ha desaparecido?

—Sí, eso me han dicho. Nadie sabe dónde está. Es como si se lo

hubieran llevado a alguna parte a viva fuerza. Sólo encontraron su pluma, su cigarrillo… y nada más.

Subieron en silencio. La enfermera de la centralilla juraba y perjuraba que nadie, absolutamente nadie, había podido entrar en el hospital sin advertirlo ella. Ni Edwards ni los policías le hicieron pregunta alguna.

En la planta quinta, aún persistía la avería de la luz. Duggan había exigido que nadie tocara la luz, tal como había quedado al producirse el apagón parcial. Dos agentes uniformados montaban guardia en el lugar, no permitiendo que nadie se aproximara.

Saludaron a Duggan, a Nolan y al doctor. Fue el capitán de Homicidios quien hizo la pregunta, con aspereza:

—¿Algo nuevo, muchachos?

—Nada, capitán —informó uno tic ellos—. No hay rastro del doctor. La luz se apagó por manipulación violenta en la instalación… Hay huellas de lucha, muebles y objetos derribados… Ah, también hay algo raro en el suelo y la pared… y en los vidrios de la ventana, señor.

—¿Raro? —Indagó Duggan—. ¿Qué, exactamente?

—No sabemos. Tendrán que analizarlo, pero parece… parece algo así como una baba, una goma pegajosa, incolora… En algunos puntos se ha solidificado, y forma como hebras sedosas…

Dean Edwards les escuchaba con ojos dilatados. Rápidamente, penetró en la estancia, procurando no pisar aquellas raras señales viscosas. Sus dedos, sin embargo, rozaron en la pared una de aquellas manchas. Al apartar la mano, hilos gomosos se adherían a ella, tirantes.

Se le erizaron los cabellos. Estaba intensamente pálido cuando se volvió hacia los dos oficiales de la policía metropolitana.

—Dios mío… —murmuró.

—¿Qué ocurre. Dean? —Quiso saber Nolan—. ¿Algo concreto, amigo mío?

—No…, no sé aún —jadeó el médico—. Pero si hacen analizar esa sustancia horrible…, no se sorprendan demasiado si resulta ser… la materia con que las arañas hacen sus telas…

El capitán Duggan le miró como si estuviera escuchando a un loco.

# CAPÍTULO VII

**HORROR**

—Tela de araña… Cielos, Dean…

—Sí, Nyree. ¿Qué dices ahora?

—No se… Que no es posible. Todos estamos locos, sin duda. —Se pasó ella una mano por su rostro, mortalmente pálido—. Esas pruebas no… no pueden bastar, tú lo sabes…

—Para Duggan, no. Para Nolan, creo que sí. Está asustado.

—Y yo, Dean. Esa sustancia en la vidriera, en el suelo, en las paredes… ¿Qué significa?

—Que mis temores son ciertos. Nyree, no sé lo que la Ciencia y la lógica pueden decir, pero hay DOS casos ya: uno, en Harris Manor. Otro, aquí, en el hospital, la noche pasada. Casualmente después de mi visita a esa casa. Yo tenía que ocupar el puesto de Jordan, de no producirse esa emergencia, ¿lo entiendes?

—¿Quieres decir que tú… tú eras la víctima?

—Exacto. Jordan era alto, joven… Parecido a mí. Sobre todo, en una zona mal iluminada y a alguna distancia…

—Hablas de él en pasado. Como si no existiera, Dean —se estremeció ella.

—Y no existe, Nyree. Ya, no. Lo mismo que Doyle…

—¿Dónde están sus cuerpos?

El joven cirujano sufrió una convulsión. Aún notaba con frecuencia aquel escalofrío sutil que, alcanzando su nuca por la espina dorsal, le hacía sentir erizados sus cabellos.

—En la panza horrible de una repugnante araña gigantesca. Nyree —musitó, con voz rota—. Devorados. Engullidos por el monstruo…

—El monstruo… ¡Oh. Dean, no puedes llamarlo así! Ni siquiera sabemos si… si existe…

—Existe, Nyree. Empiezas a estar segura de ello, aunque te resistas a admitirlo… Existe, y nos amenaza a todos. A todos. Nyree. Sobre todo, a los que sabemos o sospechamos la terrible verdad.

—La verdad… ¿Qué verdad, Dean?

—Nyree, no cierres los ojos a la realidad. Eres biólogo. Trata de aplicar eso a alguna teoría plausible. Una mutación, un fenómeno fuera de nuestro entendimiento, no sé… Algo no funciona normalmente. Una ley biológica natural se ha alterado, sin que sepa por qué. Y una criatura, un ser humano como nosotros…, sufre, en determinadas condiciones, una alteración biológica del tipo que quieras imaginar. Átomos, moléculas, ácidos nucleicos, lo que sea, se degenera y distorsiona, se altera en su curso normal… y da vida a otra «cosa», a otro ente que no tiene nada que ver con lo que conocemos. «Eso»… es la viuda Harris.

—Dean, ella parece normal. Una mujer como cualquier otra…

—Una mujer aparentemente normal… Debe serlo mientras no se produce el momento de la mutación. Y no me preguntes cómo sucede. Sé tanto como tú. SÍ entró en este hospital, no pudo hacerlo con… con su apariencia posterior. Debió introducirse sin ser vista. Con su aspecto humano, de mujer. Luego… luego se desencadenó ese horror. El mismo que enloqueció a Roy Porter. El que, sin duda, hizo precipitarse por el ventanal a la pobre enfermera Thorley… Ambos fueron testigos de ese horror. ¿Y de qué nos sirven ya? Los dos están muertos. Nyree. Los dos fueron incapaces de sobreponerse a la espantosa experiencia.

—Dean, ¿qué puede hacerse ahora? La policía no admitirá esa historia. Los jueces, tampoco… Y ella… ella no puede ser encarcelada normalmente, si es como tú dices…

—Evidentemente, Nyree, es como yo digo. El análisis prueba que es materia de segregación orgánica de una araña. Ha habido «algo» en esa parte del hospital que dejó huellas y residuos como los que una araña hubiera dejado en cualquier sitio. Sólo varían las proporciones, un animal monstruoso y voraz ha de ser forzosamente aterrador, trasplantado a esas dimensiones de pesadilla, Nyree, y tú lo sabes…

—Pero entonces, eso… eso habría sucedido siempre, incluso antes de ahora. Y, sin embargo, nadie oyó hablar de… de todo ese horror… No hay evidencias anteriores… hasta la aparición de Roy

Porter…

—Es cierto. Sin embargo, observa ciertos detalles significativos. Ese ventanal que rompió con su cuerpo la enfermera Thorley… Hay rastros de materia viscosa en sus bordes. Imagina a uña araña escapando de algún sitio, colgada de su propio hilo… Puede pendular, como lo hace en la vegetación para tejer su red de un lado a otro. Eso hizo… para evadirse del hospital sin ser vista. El edificio de enfrente, Nyree…, es una planta industrial. De noche, resulta un lugar oscuro y nada frecuentado. En cualquier rincón puede ocultarse un monstruo así…, a la espera de su retorno a la forma primitiva. No aquí, en un hospital, donde al ser localizado el lugar del suceso, se haría una búsqueda, un registro minucioso.

—Entonces…, ha huido.

—A estas horas debe estar en su mansión. Convertida de nuevo en mujer. A la espera de otra espantosa mutación… y a salvo de evidencias acusadoras. Tienes razón en algo: nunca podremos convencer a Duggan ni a nadie. Marjorie Harris se debe sentir impune en su condición de mujer…

—¿Crees que su marido… llegó a conocer esa naturaleza horrenda de su esposa? —Tembló Nyree Brooks.

—No sé. Pero entre los hechos significativos que iba a citarte figura también la extraña muerte de Steve F. Harris. He leído sus detalles en estos días. Son muy curiosos…

—¿También eso puede ser obra de… de una araña?

—Una araña tan mortífera como la propia «viuda negra»… y nunca mejor aplicado ese nombre, siquiera sea simbólicamente, que en este caso a Marjorie Harris. Recuerdas que al caer de su rascacielos, Steve F. Harris no sufrió destrozos importantes, no se estrelló en el asfalto, quedando como quedó la pobre enfermera Thorley al caer, pese a que ella sólo descendió cinco pisos… y el millonario recorrió casi diez veces esa altura en su descenso.

—Creo recordar algo sobre rebotes y cosas así…

—Yo tengo otra idea mejor, Nyree. Asesinaron a Harris.

—¿Qué?

—Le asesinó alguien que no era humano. Él subió a su rascacielos, quizá a contemplar la ciudad a sus pies… Si vio a Marjorie, no pudo temer nada de ella, por malas que fueran sus mutuas relaciones. Era fuerte, vigoroso, atlético. No tenía nada que

temer de ella. Pero recuerda que vacía con el rostro horriblemente contorsionado, con los ojos casi fuera de sus órbitas, como si un terror indescriptible le hubiera acompañado en su viaje final… Y así fue. Creo que Harris vio la mutación. Vio caer sobre él a esa araña monstruosa… y trató de huir, de escapar del único modo posible: matándose. Como Porter, como la enfermera… Pero la araña actuó en ese momento con una astucia muy humana. Harris significaba millones. Muerto en el asfalto, después de caer desde sesenta pisos de altura, podía ser una masa sanguinolenta, informe, que nadie podría identificar. Y si Steve F. Harris no era reconocido como oficialmente muerto, su fortuna no podría pasar a su esposa. De modo que la araña, muy afortunadamente, debió tender su tela, precipitándose con él al vacío…, y le hizo oscilar al final de sus hilos, para luego dejarlo caer cerca ya de la calle, sin posibilidad de que no fuese reconocido el cadáver. Eso explica el enigma de su estado sobre el asfalto. Y, siendo festivo, resulta normal que nadie viera en las alturas a esa «cosa» colgando de su hilo de fuerte materia pegajosa…, con el cuerpo de Harris sujeto al mismo hasta el momento oportuno. Después, la araña se ocultaría… hasta reaparecer como Marjorie Harris.

—Es… es horrendo… —jadeó ella, ocultando su rostro—. Biológicamente, imposible, Dean…, pero tiene que ser así. Lo presiento…

—Sí. Sólo nos queda imaginar las cosas, no probarlas. Ahora mismo, ella está de nuevo en la impunidad, lejos de nuestro alcance, en su cubil, rodeada de servidores leales, protegida de peligros exteriores…, cuando ella misma es el foco terrible del peligro más alucinante jamás imaginado…

—¿Qué podemos hacer, Dean? —susurró ella—. ¿Qué podemos hacer?

—Tú, absolutamente nada, salvo tratar de encontrar una explicación biológicamente plausible para un caso así. Yo, por mi parte…, creo que tengo algo que hacer.

—¿Qué es ello, Dean? No me gustaría saber que corres nuevo peligro, después de… de lo sucedido a Jordan al confundirte con él…

—Es evidente que la araña intentó matarme a mí. Ayer se dio cuenta de que sé demasiado… Pero tengo que insistir, Nyree. Hay

que arriesgar algo…, si queremos que, por una vez más, la araña salga de su cubil en su forma mutante… y ésa sea nuestra mejor, nuestra única prueba real, ante las autoridades.

—¿Cómo harás eso, Dean?

—Visitando otra vez a la señora Harris —sonrió fríamente él.

—¡No! —Se horrorizó la doctora Brooks, angustiada—. ¡No lo hagas, por Dios!

—Lo siento. Es el único camino… y voy a intentar recorrerlo hacia alguna parte…

* * *

—¿Usted otra vez? Creo haberle dicho, doctor Edwards, que su presencia me resulta particularmente desagradable y nada grata, después de lo sucedido aquí ayer…

—Lo sé, señora. —Dean inclinó, respetuoso, la cabeza—. Le ruego disculpe todo aquello. Lo cierto es que provoqué su crisis y lo lamento, señora…

—Esta vez se ha traído otro valedor con usted para llegar a mi presencia —señaló ella, con extrema frialdad, mirando a Wilburn Cole, el socio de su esposo, con gesto hostil—. Cole, ¿por qué te prestaste a traer aquí a este caballero? No me es persona grata.

—Yo no podía saberlo. El… él insistió bastante. Y como un buen amigo suyo lo es también mío, y conviene estar siempre a bien con la policía…

—¿Policía? —Se agitó súbitamente la viuda—. ¿A qué te refieres. Wilburn?

—Al teniente Nolan. Un oficial de la Metropolitana, muy eficiente y cortés. No podía negarme a traer conmigo al doctor Edwards, querida Marjorie. Pero si de veras te es tan molesto, no dudes que se marchará, apenas yo mismo se lo pida. Doctor, ya se da usted cuenta de mi situación ante la viuda de mi difunto socio. ¿Será tan amable de ausentarse si yo se lo ruego ahora?

—Lo haré —dijo, lentamente, Dean—. Pero no me gusta hacerlo, si he de serle sincero.

—Eso no me importa en absoluto —cortó glacialmente la viuda Harris—. Quizá algún día, y por ser el prometido de la doctora Brooks, me preste a recibirle de buen grado, pero no hoy. No ahora, doctor.

—La engañé en eso también, señora. No tengo relación amorosa alguna con Nyree Brooks. La utilicé como instrumento de mi intromisión inicial. No la culpe a ella de nada, por tanto.

—Usted y sus sucios métodos… —se enfureció la señora Harris—. Márchese, doctor Edwards. Ha llegado mucho más lejos de lo que me sería posible soportar medianamente, puede creerme.

—La creo —sonrió Dean tristemente—. Sin embargo, señora, estoy aquí por una razón, como lo estuve antes. Y esa razón es… el asesinato de su esposo.

—Márchese —silabeó ella, muy pálida—. He llegado al límite, doctor.

—Puede hacer lo que quiera, señora. —Dean caminó resuelto hacia la salida del gabinete. La doncella de los lentes negros y el cabello canoso, peinado en la nuca, se hizo a un lado, mirándole con la misma enemistad y resentimiento con que lo hiciera en su anterior visita, al provocar la crisis de su señora. Traía tres servicios de té en el carrito, pero evidentemente iba a sobrar uno. El joven cirujano hablaba acremente a la dueña de la casa, entretanto—: Pero voy a probar el asesinato de su esposo. Y la muerte de Mark Doyle y del doctor Jordan, devorados ambos por un monstruo que VIVE EN ESTA CASA, señora Harris.

—Doctor, se está propasando —avisó Cole, roncamente, con gesto crispado—. Váyase, es mejor.

—Sólo pretendo salvar algo, lo que aún pueda ser salvado de este horror —siguió Dean, ya en la puerta—. No sé si un alma o un cuerpo. Lo que aún quede sin contaminar. Señora, la doctora Brooks es una eminente doctora en Biología. Ha llegado a algunas conclusiones interesantes. Yo también. Ahora voy a ir directamente a Washington con un informe médico y biológico. En ese informe figura el lugar donde usted, Marjorie Harris, y su hermana Ada Mathieson, que es su apellido de soltera, según acabo de averiguar, han vivido durante años. En Nevada, muy cerca de un recinto acotado del Gobierno de Estados Unidos. Una zona prohibida, de experiencias nucleares. Usted vivía muy cerca. Tanto, que trabajó de muy joven en esa zona de pruebas atómicas. Su hermana Ada siguió trabajando allí. ¿Continúa en Nevada… o ha vuelto a su lado recientemente, señora Harris?

—No… no entiendo nada —musitó, con un hilo de voz—.

Váyase, se lo ruego. Váyase…

—Ya me voy. Sólo quería darle esos breves informes. Ahora entenderá lo que pretendo exponer a las autoridades federales. Los informes técnicos y científicos pueden corroborar mi teoría. Cuando menos, tendrán que tomarla en serio. Vendrán a por usted, señora. Por orden federal. Nada la librará de que la verdad se descubra de una vez por todas…

—Marjorie, ¿qué significa todo eso? —Indagó Wilburn, con voz ronca—. Estás muy pálida… Parece que lo que dice este hombre te afecta demasiado para no tener algo de sentido…

—Cole, ¿también tú? —Gimió ella, ahogadamente, a punto de desvanecerse—. Por Dios, os ruego a todos que no me torturéis más…

—No tienen ustedes piedad con la señora —habló fríamente su doncella personal, avanzando rápida hasta Marjorie Harris, a quien tomó solícitamente contra sí—. Mi señora está enferma. Muy enferma. No la atormenten de este modo. Usted, señor Cole, es más compasivo siempre con ella. En cuanto a usted, doctor, ya ha oído lo que mi señora tenía que decirle. ¿Por qué no se marcha, de una vez por todas, y deja tranquila a esta infortunada mujer que tanto está sufriendo?

—Es usted una fiel servidora —habló secamente Dean—, pero quizá debería saber que la sirve mucho mejor quien actúa sin rodeos y llama a las cosas por su nombre… Esta misma noche, la doctora Brooks y yo saldremos para Washington a informar…

—Se lo ruego. Déjenme… Déjenme los dos —suplicó entre sollozos Marjorie Harris, convertida en una piltrafa humana—. Mi… mi doncella, Ana, tiene razón… Ella me comprende mejor que todos ustedes. Wilburn, sal de aquí ahora, por favor. Y lleva contigo a ese hombre…

—Sí. Marjorie —asintió sombríamente el socio del difunto Steve F. Harris—. Tus deseos son órdenes para mí. Ana, quédese con su señora, por favor…

—Claro, señor Cole —asintió la fiel sirviente—. No se preocupe por eso. Nunca faltaré a su lado para protegerla… siempre que ella confíe en mí.

Los dos hombres abandonaron la casa. Ya en el parque, Cole se enfrentó con repentina violencia a Dean Edwards. Le aferró las

solapas, con sus manos nervudas y firmes.

—¡Doctor Edwards, me ha engañado miserablemente! —aulló—. ¡Me ha utilizado ante ella como un vulgar pelele, y eso no se lo perdono! Marjorie es… es una mujer maravillosa. La admiro y deseo ayudarla en toda ¿Qué pensará ahora ella de mi?

—Parece demasiado cansada, demasiado hundida…, incluso para pensar en nada —señaló Dean, con frialdad, dando un seco golpe con ambos brazos, que hizo soltar su presa a Cole, y retirarse atrás, con las muñecas doloridas.

Echó a andar resueltamente Edwards, camino de la salida. Le siguió Cole, indeciso. Éste trató de justificarse ahora:

—Estoy preocupado por Marjorie. Parece un espectro. La muerte de su esposo no la afectó tanto. Ella y yo sabemos que, en el fondo, fue una liberación. Ha sido después…, no sé por qué…

—Cole, esa preocupación suya…, esa admiración…, ¿no será amor?

—¿Amor? —Wilburn se paró en seco—. Tal vez, doctor. Tal vez… Marjorie es tan deliciosa. Resulta fácil amarla. Lo malo son sus millones. Pese a mi posición, a los negocios… me considero muy poco para ella…

—Usted no lo entiende, Cole, pero sólo estoy tratando de ayudarla. Del único modo posible, claro. Como se podría haber ayudado antes del fin al doctor Jekyll y a míster Hyde. O a Frankenstein y a su horrible criatura…

—¿A qué viene todo eso? Usted habla de cosas monstruosas, no humanas…

—Cole, desgraciadamente hay algo que NO ES humano dentro de esa casa. Marjorie Harris es algo más que una viuda hundida y en crisis. Eso es lo que trato de explicarle. Pero amando a la mujer resulta tan difícil poner las cartas sobre la mesa… Usted nunca creería ciertas cosas.

—Dijo que un monstruo devoró a otras personas. ¿Qué significaba esa metáfora, ese simbolismo, doctor?

—Es algo más que una metáfora o un simbolismo. Cole. Mucho más… por desgracia para todos. Ese monstruo existe. Está ahí dentro, agazapado. Lo hemos tenido rozándonos, sin que pareciera existir… Usted nunca entendería… hasta no verlo con sus propios ojos. Y, créame, quizá no merezca la pena tal experiencia. Hace

falta tener la mente muy equilibrada para resistirlo sin enloquecer.

—Doctor, yo resistiré lo que sea… —jadeó Wilburn, aferrando su brazo con fuerza.

—¿Seguro? —Dudó Dean.

—Absolutamente. Deme una prueba de lo que dice y resistiré. Quiero saber lo que sucede.

—Bien. Va a saberlo. Cole. Luego no me reproche nada. Esta noche…, esta noche podrá conocer, cara a cara, sin duda alguna, el horror de que le hablo…

# CAPÍTULO VIII

## MUTACIÓN

La doctora Brooks miró en torno, con inquietud.

Las luces del laboratorio privado de que disponía en su domicilio, en aquella zona residencial de Bronx, no eran demasiado intensas. Nunca había advertido esa particularidad. Nunca…, hasta esta noche, precisamente.

—Tonterías —se dijo, cerrando una gaveta, tras anotar minuciosamente el resultado final de sus pruebas c investigaciones —. Empiezo a dejarme influenciar por las cosas que dice Deán, es evidente… Un cerebro fríamente científico no puede ser tan impresionable…

Recogió un portafolios, en cuyo interior llevaba todos los informes y apuntes correspondientes a sus trabajos más recientes. Luego suspiró, mirando el reloj, antes de apagar otra luz del largo laboratorio en penumbras.

—Las ocho y media ya —murmuró—. Creo que me retrasé demasiado. Dean Edwards debe estar al llegar…

Del fondo del laboratorio, entre armarios y elementos de trabajo, creyó que llegaba un leve crujido. Sintió que se estremecía, y la piel era recorrida por un escalofrío que erizaba su vello. Pero el ruido no se repitió.

En cambio, sonó de pronto el llamador musical de la puerta. Con un leve respingo de sobresalto, Nyree Brooks se movió hacia la entrada.

—Abre, Nyree —dijo la voz inconfundible de Edwards—. Soy yo.

Ella abrió. Le miró, preocupada. Dean sonreía ampliamente, llevando un maletín consigo.

—Vamos, vamos —la apremió—. Te has retrasado mucho,

Nyree. Ese avión para Washington sale a las diez…

—Hay tiempo —murmuró ella—. Un momento, Dean. Debo recoger mi gabardina y el bolso…

—Sí, ve. —Entró, cerrando tras de sí la puerta—. ¿Cómo fueron esos trabajos?

—Perfectamente —habló la doctora, con gesto sombrío—, todo positivo…, por desgracia.

—Entiendo —asintió Dean Edwards—. Están todas las pruebas, en tal caso.

—Todas. Creerán la historia, ya verás. No tengo dudas sobre eso. Esa mujer…, esa mujer será destruida de algún modo. Ellos sabrán eso esta misma noche, no lo dudes.

—Nunca lo he dudado. Tu capacidad como biólogo está fuera de toda duda, Nyree…

De nuevo aquel roce, aquella especie de sutil crujido, allá en las sombras. Dean captó el centelleo angustiado de los ojos de su compañera. Y también el repentino temblor de su mano al tomar el bolso y la gabardina de un perchero.

Por primera vez en su vida, quizá, la doctora Brooks tenía miedo.

Y también Dean Edwards.

—Vamos —dijo secamente—. No conviene esperar más… ¿No apagas todas las luces?

—No —negó ella—. Han de venir mañana a limpiar esto. Vale más dejar una luz en el laboratorio, para evitar que entren intrusos por la noche. Es una costumbre mía. Dean…

Asintió él. Caminaron hacia la puerta…

—Un momento, doctor Edwards. Un momento, doctora Brooks. Ahora soy yo quien desea hablar con ustedes dos.

Se volvió Nyree con un repentino grito ronco de terror. También Dean, apretando los labios, sumamente pálido.

—Señora Harris… —susurró Nyree, estudiando a la mujer enlutada que, alta y silenciosa, emergía de los fondos del laboratorio, con sus manos enguantadas, con sus bonitas piernas caminando graciosamente. Con aquella indefinible mezcla de deportiva fuerza y gran feminidad que era característica en la joven viuda—. Usted aquí… ¿Por dónde entró?

—Había una puerta abierta atrás —se encogió ella de hombros,

evasiva—. Lamento molestarles tan a destiempo…

—No es molestia, señora. —Dean la estudió desde los cabellos bien cuidados hasta la punta de sus zapatos de charol—. Parece mucho más saludable que estos días pasados…

—Me siento bien —rió ella entre dientes. Su mirada cobró cierta malignidad—, creí que lo sabían todo, doctor. Me ha defraudado usted un poco…

—¿Por qué? —Sonrió fríamente Edwards—. No he sido yo quien la llamó «señora Harris», sino la doctora Nyree Brooks, que no está completamente segura de todo…

—¿Cómo? —Dudó Nyree—. ¿Por qué no he de llamarla así? Es Marjorie…

—No —suspiró Dean, con lento movimiento de cabeza—. Ella NO ES la viuda Harris. Es su hermana gemela, Ada Mathieson… a quien nosotros conocemos hasta ahora como ANA, LA DONCELLA… ¿No es cierto, señorita Mathieson?

—Sí —suspiró ella lentamente—. Yo soy Ada Mathieson, hermana gemela de Marjorie.

—Y Ana, la doncella de los cabellos blancos, las gafas oscuras… y la fidelidad absoluta.

—Y Ana, la doncella —aceptó aquella perfecta doble de Marjorie, cuyos ojos velaba con unas gafas anchas, oscuras, de montura de carey.

—Y… la araña —susurró Dean Edwards.

—Eso es. Y LA ARAÑA —admitió ella, con terrible frialdad.

Luego, se quitó las gafas súbitamente. La doctora Brooks exhaló un grito de horror. Y comenzó la espantosa mutación ante sus ojos…

* * *

Los vestidos se desgarraban… Los guantes, los zapatos… Todo saltaba de sus miembros, repentinamente oscurecidos, cubiertos por un vello negroazulado, rígido y duro…

Y los ojos…

Aquellos ojos, bajo los lentes negros recién arrancados… No eran ya humanos. Eran los ojos de un insecto. Los ojos malignos y penetrantes de… de una araña…

Los labios carnosos y sensuales de la perfecta «sosias» de

Marjorie se iban fundiendo en medio de una viscosa baba que se desprendía repugnante de su boca… Aquellos labios se convertían en velluda y palpitante boca redonda, succionante… Un sonido gorgoteante, atroz, inhumano, empezó a escapar de aquella boca.

Las ropas se desgarraban. Del seno de mujer brotó vello negro, una forma redonda, peluda, de araño gigante… Manos, pies…, eran sólo patas. Otras crecían, desgarrando el cuerpo de la que fuera bella mujer hasta momentos antes…

A pesar de toda su serenidad, de toda su fortaleza, la doctora Brooks gritaba estremecida de horror.

Y Dean, para evitar cualquier reacción enloquecida de su compañera, la sujetaba contra sí, firmemente, sin dejar de contemplar la repugnante mutación que tenía lugar ante ellos, como prueba más evidente de que el horror citado por Roy Porter en su agonía, era algo cierto, terriblemente real, pavorosamente auténtico…

La araña, la gigantesca, enorme araña voraz, se movía hacia ellos, inexorablemente. La doctora ocultó el rostro contra el torso de Edwards. Cuando éste iba a buscar un arma en sus ropas, la araña se movió, lápida, para apresarle, para succionar a ambos, para destruir a los que podían revelar su espantoso secreto al mundo.

Dean supo entonces que no le sería posible esgrimir el arma y dispararla. Que la araña, infinitamente más rápida, pese a su enorme volumen, lo evitaría fácilmente, con sus veloces desplazamientos…

Eso, solos ante aquel peligro dantesco, como surgido de un infierno de oscuros horrores, significaba la muerte cierta. Devorados por la horrenda tripa negra de la gran alimaña.

El arácnido atacó a sus víctimas.

* * *

Ahí terminó todo.

Fue como la representación de algo perfectamente ensayado, hasta su más nimio detalle.

La oscuridad del laboratorio de la doctora Brooks, se llenó de estampidos, de llamaradas, de crepitar de armas de fuego…

Por un momento, el cuerpo de la araña fue agitado por docenas de pesados, potentes proyectiles. De sus heridas, escapó un líquido

oscuro. Se agitó, con bramidos escalofriantes. Sus patas peludas se agitaron al aire.

A menos de veinte pulgadas de los rostros y cuerpos de Dean Edwards y de la doctora Nyree Brooks, el monstruo era acribillado por las armas automáticas. Y comenzaba su agonía, cuando más próximo había parecido tener el triunfo…

De las zonas oscuras del laboratorio, empezaron a salir policías emboscados. Del exterior entraron agentes armados, a través de los vidrios pulverizados a balazos. Era un cerco total, perfecto. Una docena de armas vomitando fuego sobre el animal diabólico.

Finalmente, el colosal arácnido se quedó quieto. Inmóvil para siempre, perdiendo su vida por los cien boquetes abiertos en el cuerpo repulsivo. Unos leves espasmos marcaron su final.

Luego…

Luego, como en el desenlace del drama de Jekyll y Hyde, la mutación volvió atrás. El cuerpo velludo se tornó armonioso. La desnudez, pálida de Ada Mathieson, la hermana gemela de Marjorie Harris, apareció ante todos los presentes, en medio de un charco de sangre oscura.

Se miraron todos entre sí, despavoridos. Sólo los ojos de insecto de la mujer, se salían de sus órbitas, como queriendo huir de aquel hermoso cuerpo al que no correspondían…

—Dios la haya perdonado —susurró Dean roncamente—. Todo era como Imaginé…

Más calmada, la doctora miró el cuerpo yacente. De las sombras, llegaba lentamente Wilburn Cole, demudado, incrédulo, sacudido por el horror del drama presenciado.

—Dios mío, doctor —su voz era un murmullo roto—. Nunca imaginé…

—Es difícil que la imaginación nos lleve a fronteras no sospechadas, Cole —habló roncamente Dean Edwards—. A mí me costó mucho comprenderlo… y admitirlo. Nadie lo hubiera aceptado, de no mediar esta evidencia de ahora… De cualquier modo, tampoco tendrá por qué saberse. Ya no hay pruebas de nada. Ada ha muerto. Marjorie llorará a otro ser querido en estos días. Luego, un tratamiento adecuado la tranquilizará, la hará ir olvidando… y sus nervios descansarán… Espero que no le falte usted cerca, Cole, ahora que está totalmente sola…

—Dios mío, claro que no. Estaré con Marjorie en todo momento, usted lo sabe… Pero… pero ¿Por qué ella no… no trató de enfrentarse a este horror?

—No podía hacerlo. Ada era la más fuerte. Marjorie descubrió la verdad de sus mutaciones la noche del fallido secuestro, cuando Doyle y Porter vivieron su atroz experiencia… No era ella, Marjorie, sino Ada, su hermana gemela, quien ocupaba el lecho esa noche. De ahí el trágico error de los raptores fracasados… De ahí también mis errores, hasta que intuí algo más, e investigué el pasado de Marjorie.

—¿Qué encontró en él?

—Una hermana. Y Nevada. Y la vecindad de las pinchas nucleares. Nevada: muchos insectos, arañas gigantes… y radiactividad… y Ada trabajando allí. Un error, isótopos radiactivos, un fallo biológico, una alteración molecular o atómica en un ser humano víctima de una determinada radiación sin control… y ya tenemos el problema. Supe que su hermana estuvo grave con motivo de un fallo radiactivo, hace tiempo. Ahora, no estaba ya en Nevada. Podía estar aquí. Pero no vivía ninguna hermana con ella. Supe que la lesión atómica la sufrió en el cerebro, en los ojos. Según los informes, sus ojos habían sido dañados y se deformaron… Por entonces, Ada trabajaba en una planta de estudios de radiactividad sobre ciertos animales. Una araña gigante se cruzó en el instante del fenómeno nuclear… y se provocó la alteración genética en Ada Mathieson…

—Pobre criatura. En el fondo, no tenía culpa…

—No mucha. Era un monstruo. Un ser enfermo. Amaba a su hermana. A su modo, quería protegerla de todo y de todos. De su marido, que la trataba cruelmente… Le mató. De Doyle, que quería raptarla. Lo engulló. De mí, que la acusaba y hostigaba. Me confundió con Jordan… Ahora, creyendo que iba a dañarla a ella y a Marjorie… decidió terminar con ambos de una vez.

—De modo que ella, en casa de Marjorie… era Ana, la doncella.

—Sí.

Ana-Ada

. Nombres demasiado parecidos para evitar errores peligrosos… Y las gafas negras, la peluca blanca… Su desmedido cariño hacia Marjorie… Todo delataba a su hermana gemela… Ahora ya

sabemos que la «viuda negra» no es tal. Que Marjorie tiene derecho a ser feliz, después de tantos horrores vividos.

—¿Ella… ella sabía… y callaba? —jadeó Nyree Brooks.

—Sí. Era su hermana. Se amaban ambas. Hubiera querido ayudarla de algún modo… y no le era posible. Eso era lo peor de todo para Marjorie, lo que aniquilaba su entereza y la hundía por momentos. No le importaba que sospecharan de ella. Lo terrible era que sabía la verdad, y tenía que callar, proteger a su hermana, convivir con… con un monstruo a quien amaba… Tremendo dilema el suyo. Espero que ahora, quedando todo callado, todo en secreto… y desaparecida Ada Mathieson, todo sea mejor para esa pobre muchacha…

—Yo procuraré que sea así, doctor Edwards —murmuró Cole, lleno de firmeza.

—Sí, amigo mío. Sé que será así… —sonrió Dean.

* * *

—De modo que éramos la camada en el cebo. Tú y yo…

—Sólo así podíamos descubrir la verdad —suspiró Dean—. Ella saldría de la oscuridad, estaba seguro. Nos atacaría. Por eso dispuse a los policías adecuadamente. La trampa funcionó.

—Pudo haber sido nuestra propia trampa, Dean.

—Claro que pudo serlo. Por fortuna, salvamos la vida. Y aclaramos el horrible misterio de la mujer-araña… Espero que eso no te permita en el futuro dudar de que la Biología aún pueda permitirse cosas increíbles, cuando las fuerzas desaladas por el hombre en la Naturaleza, resultan incontrolables…

—Está bien. No me des ahora una conferencia. Sé lo que quieres decir, Dean. Y te perdono todo. Incluso que tuviera que llevarte a casa de Marjorie Harris como mi prometido. Ahora, olvidemos el asunto.

—Olvidémoslo… si es posible —suspiró Edward—. Pero ¿por qué no seguir adelante con los demás?

—¿Y qué es lo demás?

—Eso de ser tu prometido… Me gustó la experiencia, Nyree…

—¿A ti, empedernido solterón? —Dudó ella, asombrada.

—Ya lo ves. Creo que hasta mi biología ha resultado alterada por fin…

**FIN**



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.